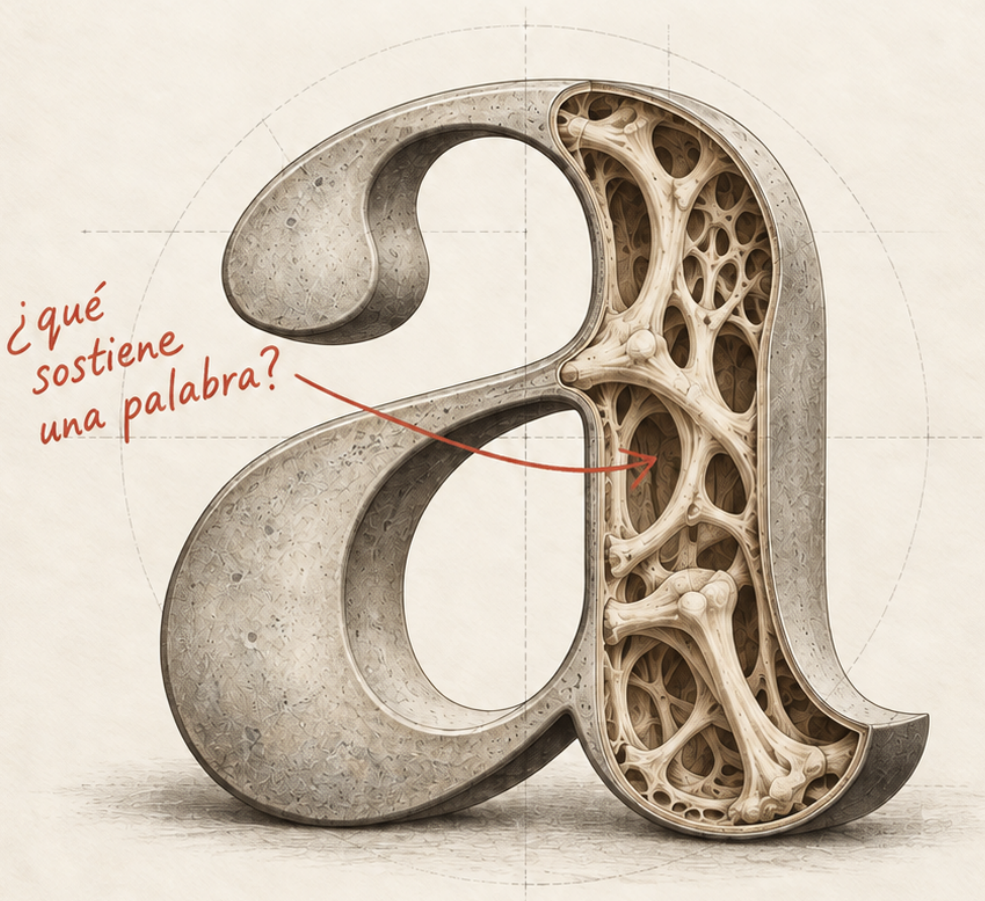


Las palabras tienen hueso

*Cómo mirar tu lengua por dentro
y aprender idiomas reconociéndolos*



Alejandro Toledo Martínez

2026

MANUAL BÁSICO DE ENDOLINGÜÍSTICA

Las palabras tienen hueso

*Cómo mirar tu lengua por dentro
y aprender idiomas reconociéndolos*

$\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$

Alejandro Toledo Martínez

2026

Las palabras tienen hueso. Manual básico de endolingüística.

© 2026 Alejandro Toledo Martínez.

La endolingüística fue fundada por la Dra. Christiane S. Meulemans y el Dr. José Ángel Elías Fernández y Cuevas. Las clases OAS, la psicofonología y la metafísica cuálica son aportaciones de Alejandro Toledo Martínez dentro de esa tradición.

Para conocer más: www.endolinguistics.science

Los libros de la serie: www.independentbooks.site

Las etimologías y los códigos citados se comprobaron contra el corpus integrativo del programa de investigación. Los porcentajes de vocabulario compartido provienen de la base de datos IE-CoR.

Índice

Antes de empezar	v
I Mirar por dentro	1
1 Tus palabras son muy viejas	2
2 El hueso y la carne	8
3 Siete regiones de la boca	15
4 El código	22
II Usarlo para aprender idiomas	30
5 Parientes de viaje	31
6 Las reglas del viaje	38
7 Mapas de bolsillo	48
8 El método, paso a paso	55
9 Cuando no hay parientes	64

III La música de la voz	70
10 Hueso, color y música	71
11 Del pensamiento al sonido	78
IV Pensar con cuidado	84
12 El espejismo	85
13 Lo que todavía no sabemos	94
Cierre	101
Al lector	101
Anexos	103
Anexo A. Tabla rápida	103
Anexo B. Soluciones	106
Anexo C. Glosario	111
Anexo D. Para seguir	115

Antes de empezar

Este manual nació de una pregunta que me han hecho muchas veces, casi siempre personas jóvenes, casi siempre con cierta desconfianza: *¿y eso de la endolingüística para qué sirve?* La pregunta es buena. La hago mía. Y la respuesta corta es esta: sirve para mirar las palabras por dentro, y quien aprende a mirarlas así deja de aprender idiomas como quien carga piedras de una en una. Empieza a re-conocer idiomas.

La respuesta larga es el resto del libro.

De dónde viene lo que vas a leer

La endolingüística no la inventé yo. La fundaron la doctora Christiane S. Meulemans y el doctor José Ángel Elías Fernández y Cuevas, a mediados del siglo XX. El Dr. Elías, a los 31 años, hablaba más de veinte lenguas y había estudiado matemática pura, música y criptología. Ya después siendo médicos, los dos recogieron una intuición anterior, la del neurólogo belga Joseph Meulemans, que sospechó que el hemisferio derecho del cerebro hace con el lenguaje cosas que la ciencia de su época no sabía mirar. Yo fui alumno directo de los dos. Lo que hago desde entonces es investigar, ordenar y poner por escrito lo que aprendí, y añadir algunas piezas propias.

Conviene que sepas desde ahora qué piezas son mías, para que no se las atribuyas a quien no toca. Las **siete familias de sonidos** con las que vas a trabajar desde el capítulo 3 —las clases OAS— son una

propuesta mía, igual que la manera de escribirlas con símbolos griegos. También lo son la psicofonología, de la que hablaremos en la Parte III, y la metafísica cuálica como la entiendo yo, que asoma al final. Lo que hay de sólido en todo esto se lo debo a mis maestros. Los errores que encuentres son míos.

Y hay una deuda más grande que ninguna: la de la **lingüística histórica**, la ciencia que lleva casi doscientos años reconstruyendo, eslabón por eslabón, el viaje de las palabras. Sin su trabajo no habría nada que contar aquí. La endolingüística no compite con ella. Toma lo que ella descubrió y lo convierte en algo que tú puedes descubrir por tu cuenta.

Para quién es este manual

Para ti, si alguna de estas tres cosas te pasa:

1. Estás aprendiendo un idioma —inglés, casi seguro; tal vez portugués, francés, italiano o alemán— y sientes que memorizas listas que se te olvidan al día siguiente.
2. Te gustan los acertijos, los códigos secretos, los patrones escondidos, y nunca se te ocurrió que tu propia lengua estuviera llena de ellos.
3. Te interesa cómo funciona la mente: por qué una palabra te suena dura y otra suave, por qué un «no» puede ser una puerta que se cierra o una súplica.

No necesitas saber lingüística, ni latín, ni nada que no sepas ya. Necesitas hablar español, cosa que haces desde que eras bebé, y tener

ganas de mirar con cuidado. Y quizá reaprender cosas que creías que ya sabías.

Qué es este manual y qué no es

Es un **manual práctico**. Tiene explicaciones, ejemplos, ejercicios y retos. Está pensado para que lo leas con un lápiz en la mano y, de vez en cuando, en voz alta.

No es un libro de texto de lingüística. Cuando necesite un término técnico te lo voy a explicar, y cuando la lingüística diga algo con más precisión de la que aquí cabe, te lo voy a advertir.

Tampoco es un libro de trucos mágicos. Vas a encontrar, desde el primer capítulo, advertencias. Algunas te van a parecer aguafiestas. Están ahí porque la herramienta que vas a aprender es poderosa, y todo lo poderoso se puede usar mal. La misma capacidad que te va a permitir ver que *padre* y *father* son la misma palabra te puede llevar a creer que *mucho* y *much* también lo son. (No lo son. Lo verás en el capítulo 12, y te va a sorprender.)

Cómo está hecho

El manual tiene cuatro partes.

- **Parte I. Mirar por dentro.** Aprendes a sacar el esqueleto de una palabra, a reconocer las siete familias de sonidos y a leer un código.
- **Parte II. Usarlo para aprender idiomas.** Aprendes a distinguir parientes verdaderos de parecidos engañosos, las reglas con que las palabras cambian de una lengua a otra y un método para es-

tudiar.

- **Parte III. La música de la voz.** Las vocales, el ritmo, el acento, y lo que la voz dice sin palabras.
- **Parte IV. Pensar con cuidado.** Cómo no engañarte a ti mismo y qué preguntas siguen abiertas.

A lo largo del texto vas a encontrar recuadros:

Pruébalo Un ejercicio corto para hacer en ese momento. Casi siempre en voz alta.

Ojo Una trampa frecuente, y cómo no caer en ella.

Reto Un ejercicio más difícil. No pasa nada si no lo resuelves a la primera.

Para ir más lejos Algo que no necesitas para seguir, pero que te puede interesar.

Las soluciones de los ejercicios están al final, en el Anexo B. Te pido una sola cosa: intenta cada ejercicio antes de ver la solución. El capítulo 8 te explica por qué eso no es una manía mía sino la forma en que funciona la memoria.

Una última cosa, sobre el tono

Este manual no quiere convencerte de nada. Quiere que mires. Si al terminar oyes tu propia lengua con un poco de extrañeza —como cuando descubres un secreto de alguien a quien conoces de toda la vida—, habrá hecho su trabajo. Y si además el inglés, o el portugués, o el alemán, te dejan de parecer una muralla y empiezan a parecerte un pariente lejano con otro acento, mejor.

Antes de empezar

Alejandro Toledo Martínez

Las palabras tienen hueso

PARTE I

Mirar por dentro

Tus palabras son muy viejas

Tres escenas

Primera escena. Es lunes, primera clase de inglés del semestre. La maestra reparte una lista: *father*, padre; *foot*, pie; *fish*, pez. Tienes que aprendértela para el viernes. La repites, tapas una columna con la mano, la vuelves a repetir. El martes ya se te olvidó la mitad. Nadie te dijo *por qué* el padre se dice *father* y no *blorp*. Te dieron un puñado de datos sueltos, como quien reparte cartas, y te dejaron solo con ellos.

Segunda escena. Le escribes a alguien por el celular, rápido, con una mano: *q tal, tmb voy, bn*. Nunca te lo enseñaron, pero sabes hacerlo. Y fíjate en lo que haces: les quitas a las palabras casi todas las vocales y les dejas casi todas las consonantes. Nunca al revés. Nadie escribe *ue a, a o* para decir «qué tal, ahí voy». Sin que nadie te lo haya explicado, sabes que el mensaje sobrevive sin vocales y no sobrevive sin consonantes.

Tercera escena. Pon en fila cuatro palabras que significan lo mismo en cuatro lenguas:

español	inglés	alemán	latín
padre	father	Vater	pater

Suenan distinto. Se escriben distinto. Pero ahora haz lo mismo que haces en el celular: quítales las vocales.

español	inglés	alemán	latín
p · d · r	f · th · r	v · t · r	p · t · r

Algo aparece. Las cuatro palabras quedan reducidas casi a lo mismo: tres consonantes, siempre en el mismo orden. Y las diferencias que quedan tienen un aire de familia. La *p*, la *f* y la *v* se hacen con los labios (el alemán escribe *Vater* pero lo pronuncia *fáter*: la ortografía te engaña, la boca no). La *d*, la *t* y la *th* inglesa se hacen con la punta de la lengua contra los dientes. Y la *r* es la *r* en las cuatro.

Tres escenas, un problema. La lista de la primera escena parece un montón de datos sin costura. La segunda escena dice que tú ya sabes, sin saberlo, que las consonantes son lo que sostiene a una palabra. Y la tercera sugiere que, si miras las consonantes con cuidado, la lista deja de ser un montón: *father* no es una palabra ajena que hay que memorizar, es *padre* dicha con otro acento, un acento que tiene reglas.

Este manual trata de ese acento con reglas, y de lo que hay debajo.

Una familia de lenguas del tamaño de medio mundo

¿Cómo es posible que *padre* y *father* sean la misma palabra, si el español viene del latín y el inglés no?

La respuesta es que el latín y el antepasado del inglés eran, a su vez, hermanos. Hace unos cinco o seis mil años, en algún lugar entre el este de Europa y el oeste de Asia, vivía un pueblo cuya lengua no dejó ninguna escritura. No quedó una sola tablilla, ni una piedra grabada, ni siquiera su nombre. Los estudiosos la llaman **protoindoeuropeo**, a

falta de un nombre mejor. *Proto* quiere decir «primero»; *indoeuropeo*, que sus descendientes se extendieron desde la India hasta Europa.

Esos descendientes son muchísimos. Del mismo tronco salieron el latín (y de él el español, el portugués, el italiano, el francés, el catalán, el rumano), las lenguas germánicas (el inglés, el alemán, el neerlandés, el sueco), el griego, las lenguas eslavas (el ruso, el polaco), las celtas (el irlandés, el galés), el persa, el hindi y muchas más. Casi la mitad de la humanidad habla hoy una lengua de esta familia.

Mira lo que le pasó a una sola palabra, el número tres, en algunos de estos parientes:

lengua	tres
español	tres
inglés	three
alemán	drei
griego antiguo	treís
lituano	trỹs

Cinco lenguas que se separaron hace miles de años, en lugares que no tenían contacto entre sí, y todas guardaron lo mismo: una consonante de dientes seguida de una *r*.

Ojo Cuando leas una palabra con asterisco, como **tréyes*, significa que esa palabra **no está escrita en ningún documento**. Es una reconstrucción: lo que los lingüistas deducen que se dijo, comparando a todos los descendientes. El asterisco es una forma honesta de decir «esto no lo vimos, lo inferimos».

Nadie escribió el protoindoeuropeo. Todo lo que ese pueblo dijo viajó de una boca a un oído, durante cientos de generaciones, cam-

biando un poco en cada tramo. Y sin embargo, algo de lo que decían sigue vivo en tu boca cada vez que cuentas hasta tres.

¿Qué sobrevivió al viaje?

Aquí está la pregunta que sostiene todo el manual. Si una palabra viajó de boca en boca durante cinco mil años, cambiando de forma en cada generación, ¿cómo puede alguien afirmar en serio —no como poesía, sino como conocimiento— que *tres* y *three* son la misma palabra?

Para poder afirmarlo, algo tuvo que sobrevivir al viaje. Algo más duro que las modas, más terco que los siglos.

La lingüística histórica descubrió qué era en el siglo XIX, y es una de las grandes hazañas silenciosas de la ciencia. Descubrió que los sonidos de una lengua no cambian al azar: cambian con **reglas**. Donde el latín ponía *p*, las lenguas germánicas pusieron *f*, y no en una palabra sino en cientos, todas a la vez. Donde el latín ponía *t*, el inglés puso *th*. Si conoces la regla, puedes seguir a una palabra a través de los siglos aunque haya cambiado de ropa diez veces.

En este manual vas a aprender varias de esas reglas. Pero no te las voy a dar como una lista para memorizar. Vas a descubrirlas tú, mirando palabras. Esa diferencia importa más de lo que parece.

Endo: por dentro

¿Y la endolingüística? ¿Qué añade a todo esto?

La palabra se entiende por partes. *Endo*, en griego, quiere decir «dentro». La endolingüística estudia lo que las lenguas llevan **por dentro**: no lo que dicen, sino cómo están organizadas por debajo de lo que

dicen.

Conviene distinguir dos capas desde ahora:

1. **El exolenguaje** es la lengua tal como aparece: las palabras que oyes y dices, la gramática, la ortografía, lo que viene en el diccionario. Es la capa de fuera.
2. **El endolenguaje** es la organización profunda que sostiene a la de fuera: unos patrones de consonantes que se repiten, que viajan de lengua en lengua, y que orientan el sentido de las palabras sin que nadie se dé cuenta.

A esos patrones la endolingüística los llama **códigos**. Un código es, dicho rápido, el esqueleto de consonantes de una palabra visto de una manera especial. Vas a aprender a leerlos en los próximos tres capítulos.

Y tienen una utilidad muy concreta. Un código es lo que *padre* y *father* comparten por debajo del disfraz. Si aprendes a verlo, cada palabra nueva de un idioma emparentado con el tuyo deja de llegar sola. Llega conectada a algo que ya sabes. Eso cambia la forma en que se aprende una lengua, y el capítulo 8 te explica por qué.

Lo que este capítulo no dice

Antes de seguir, dos aclaraciones, porque las malinterpretaciones empiezan temprano.

La primera: no todas las palabras de todas las lenguas están emparentadas. *Padre* y *father* lo están; eso está documentado. Pero hay palabras que se parecen muchísimo y no son parientes, y aprender a distinguir unas de otras es la mitad del trabajo. (Que no sean parientes

no quiere decir que su parecido no signifique nada; eso lo verás en el capítulo 12.)

La segunda: un código no es el «significado secreto» de una palabra. Esa idea es tentadora y es falsa. Qué es un código, entonces, lo vas a ver en el capítulo 4. Por ahora quédate con esto: el código no te dice qué significa una palabra; te dice dónde buscar.

Pruébalo Escribe cinco palabras que uses todos los días, las primeras que se te ocurran. Ahora quítales las vocales, como en el celular. ¿Todavía las reconoces? ¿Hay alguna que se vuelva irreconocible? Guarda la lista: la vamos a usar en el siguiente capítulo.

Para ir más lejos Busca en internet un mapa de las lenguas indoeuropeas (en inglés, *Indo-European languages map*). Ubica el español, el inglés, el hindi y el ruso. Te vas a dar cuenta de que el español está más cerca del hindi de lo que el náhuatl está del español: el náhuatl pertenece a otra familia, la yutoazteca, que no tiene ningún parentesco documentado con el indoeuropeo. Lo que hay entre el náhuatl y el español es otra cosa, y la verás en el capítulo 9.

En el próximo capítulo aprenderás la primera operación de todo el método, la más sencilla: separar el hueso de la carne.

El hueso y la carne

Dos tipos de sonido

Toda palabra está hecha de dos tipos de sonido, y conviene sentir la diferencia en la boca antes de explicarla.

Di *aaaa*. Puedes sostenerlo todo lo que te dure el aire. La boca está abierta, el aire sale libre y la voz suena. Eso es una **vocal**.

Ahora di *p*. No se puede sostener: es un instante. Cerraste los labios, el aire se juntó detrás y salió de golpe. Di *t*: la punta de la lengua tapó el paso contra los dientes y lo soltó. Di *s*: no tapaste nada, pero apretaste el paso hasta que el aire silbó. Eso son **consonantes**. Una consonante es algo que le haces al aire: lo cortas, lo aprietas, lo desvías por la nariz.

Por eso las consonantes se parecen a un contorno y las vocales a un color. La consonante marca un borde; la vocal llena el espacio entre los bordes. En la Parte III vamos a volver a esta imagen, porque tiene más fondo del que parece. Por ahora nos quedamos con los bordes.

Por qué el hueso dura más que la carne

Una palabra es como un cuerpo: tiene carne y tiene hueso. Las vocales son la carne. Son blandas, cambian de un país a otro, de un barrio

a otro, de una generación a otra, y casi nadie lo nota. Las consonantes son el hueso. También cambian —nada en una lengua es eterno—, pero cambian más despacio y, sobre todo, **cambian con reglas**.

Hay muchas pruebas de esto, y ya conoces algunas.

- **Tu celular.** Ya lo viste en el capítulo anterior: *tmb, bn, q tal*. Quitas vocales, nunca consonantes.
- **Los acentos del inglés.** La palabra *tomato* se pronuncia algo así como *toméito* en Estados Unidos y *tomáto* en Inglaterra. Las vocales cambian. La *t*, la *m* y la otra *t* se quedan donde están.
- **Las escrituras semíticas.** El árabe y el hebreo se escriben, desde hace miles de años, anotando sobre todo las consonantes. Las vocales se ponen como marquitas opcionales, o no se ponen. Quien sabe la lengua las adivina. Culturas enteras apostaron a que el hueso basta.

Pruébalo Lee esta frase en voz alta: *Ls cnsnnts sn l q sstn l plbr. ¿Pudiste?* Ahora intenta al revés, con sólo las vocales: *a ooe o o ue oiee a aaa*. Es la misma frase. La primera se lee; la segunda es un acertijo imposible.

Sacar el esqueleto: el hueso se saca del sonido

Al conjunto de consonantes de una palabra, en su orden, lo vamos a llamar **esqueleto**. Lo escribimos con puntitos entre las consonantes, para que se vea que son piezas separadas:

palabra	esqueleto
padre	p · d · r
mesa	m · s
camino	k · m · n

Parece fácil, y casi siempre lo es. Pero hay una regla que lo cambia todo, y que hay que tener clara desde el primer día:

El esqueleto se saca del sonido, no de las letras.

La ortografía es un invento reciente, lleno de caprichos y de restos históricos. La boca es mucho más vieja. Cuando la ortografía y la boca no coinciden, manda la boca. Veamos los casos en que el español te hace trampa.

1. **La h no suena.** *Hielo, hacer, hijo*: la *h* está escrita pero no se pronuncia. No cuenta. (En el capítulo 6 vas a descubrir por qué está ahí, y es una de las historias más bonitas del manual.)
2. **Un sonido, varias letras.** El sonido *k* se escribe *c* (*casa*), *qu* (*queso*) o *k* (*kilo*). Siempre es *k*. El sonido de la *j* se escribe *j* (*jardín*), *g* (*gente*) o, en México, *x* (*México, Oaxaca*). Siempre es *j*.
3. **Una letra, dos sonidos.** La *x* de *examen* suena *ks*: son dos consonantes. La *c* suena *k* en *casa* y *s* en *cena*.
4. **Letras dobles, un sonido.** La *rr* de *perro* es una sola *r* fuerte. La *ch* de *noche* es un solo sonido. Cuenta una vez.
5. **La u y la i que parecen consonantes pero no lo son.** En *tierra, muerte, rueda* o *bueno*, la *i* y la *u* forman con la vocal de al lado un diptongo. Suenan un poco como *y* o como *w*, pero siguen siendo vocales. No cuentan. El esqueleto de *tierra* es *t · r*, no *t · y · r*.

6. **La ll y la y.** En casi todo México, *llave* y *yate* empiezan con el mismo sonido. Ese sonido está en una frontera entre vocal y consonante, y los investigadores todavía discuten dónde ponerlo. Mientras tanto, márcalo entre paréntesis: *llave* $\rightarrow$ (y) · b. En el capítulo 3 te explico por qué lo dejamos aparte en vez de decidir a la fuerza.

Ojo Todos los esqueletos del español que vas a ver en este manual están sacados de la pronunciación de México. En España, la *z* y la *c* de *cena* se pronuncian con la lengua entre los dientes, como la *th* del inglés *think*. Por eso el esqueleto de *pez* es *p · s* en Guadalajara y *p · th* en Madrid. Las dos pronunciaciones son correctas: son dos acentos del mismo idioma, y cada uno tiene su esqueleto.

Tu esqueleto depende de tu acento

Esto último merece un momento, porque es más importante de lo que parece. Si el esqueleto se saca del sonido, y el sonido depende de dónde hablas, entonces **una misma palabra puede tener esqueletos distintos según quién la diga.**

No es un problema del método. Es un dato. Te dice algo real sobre la lengua: que no es un objeto quieto, sino un río con muchos brazos. En este manual vas a encontrar varias veces este tipo de diferencias, y cada vez te van a enseñar algo.

El inglés está lleno de ellas. Mira estas tres palabras:

palabra	cómo suena	esqueleto
know (saber)	<i>nou</i>	n
mother (madre), en Inglaterra	<i>máde</i>	m · th
mother (madre), en Estados Unidos	<i>máder</i>	m · th · r

La *k* de *know* está escrita pero no suena. Hace mil años sí sonaba: en inglés antiguo la palabra era *cnāwan*, y la *c* se pronunciaba *k*. La ortografía guardó la letra como un fósil, pero la boca la dejó caer. Y la *r* final de *mother* suena en casi todo Estados Unidos y no suena en buena parte de Inglaterra. Si aprendes inglés con acento estadounidense, tu esqueleto de *mother* tiene tres consonantes; si lo aprendes con acento británico, tiene dos.

Pruébalo Saca el esqueleto de estas palabras. Recuerda: el sonido manda, no la letra.

hacha · quince · jirafa · examen · guerra · chile · hombre · ciudad

(Soluciones en el Anexo B, ejercicio 2.1.)

El hueso central: la raíz

Hay una última cosa que aprender en este capítulo, y es la que más vas a usar.

Muchas palabras están hechas de piezas. *Cantar*, *canto*, *cantante*, *canción*: las cuatro comparten una pieza, *cant-*, que lleva el sentido. Lo demás son terminaciones que dicen si es un verbo, un sustantivo, quién lo hace. A la pieza que lleva el sentido la llamamos **raíz**, y a las piezas que se le pegan, **afijos**: los que van antes son **prefijos** (*re-*, *des-*, *in-*), los que van después son **sufijos** (*-ción*, *-mente*, *-ar*, *-ero*).

Para el trabajo con códigos, lo que importa es el esqueleto de la raíz. Si sacas el esqueleto de la palabra entera, las terminaciones te meten consonantes que no son del hueso central: la *r* de *cantar* es del infinitivo, no de la raíz; la *n* de *canción* es del sufijo *-ción*.

palabra	esqueleto completo	raíz	esqueleto de la raíz
cantar	k · n · t · r	cant-	k · n · t
canción	k · n · s · n	canc-	k · n · s
encantar	n · k · n · t · r	-cant-	k · n · t

(Fíjate en *canción*: la *t* de *cant-* se volvió *s* dentro de la palabra. Eso también tiene historia, pero no la necesitas ahora.)

¿Cómo sabes cuál es la raíz? Casi siempre te basta el sentido común: busca otras palabras de la misma familia y fíjate qué pieza comparten. Cuando no estés seguro, un diccionario que traiga la etimología te lo dice. El *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, que puedes consultar gratis en línea, pone al principio de cada palabra de dónde viene.

Ojo No te obsesiones con la raíz exacta. Para empezar, basta con que quites las terminaciones más obvias: los infinitivos (*-ar*, *-er*, *-ir*), los plurales (*-s*, *-es*), *-ción*, *-mente*, *-dad*. Con eso ya tienes la mayor parte del camino hecho.

Lo que el esqueleto no es

El esqueleto es una herramienta, no un descubrimiento sobre la palabra. Lo sacamos nosotros para poder comparar. Es como la radiografía: te muestra el hueso con una claridad que la foto normal no tiene, pero nadie confunde a una persona con su radiografía. La música de la palabra, su tono, su vida social, lo que sientes al decirla, se quedan fuera. Los vamos a recuperar en la Parte III.

Reto Recupera la lista de cinco palabras que escribiste al final del capítulo 1. Sácales el esqueleto con las reglas de este capítulo, y después el esqueleto de la raíz. ¿Cambió algo respecto de lo que habías hecho a ojo?

Las palabras tienen hueso

En el próximo capítulo vamos a dar un paso más adentro, literalmente: hacia el interior de tu boca. Vas a descubrir que todas esas consonantes, que parecen tantas, viven en apenas siete regiones.

Siete regiones de la boca

Un país pequeño

Este capítulo se lee en voz alta. Si estás en un lugar donde no puedes hacer ruido, guárdalo para después.

Di despacio, uno tras otro: *p, b, f, v*. Fíjate dónde ocurren. Los cuatro pasan en el mismo lugar: los labios. En *p* y *b* los labios se cierran y se abren de golpe; en *f* y *v* el labio de abajo toca los dientes de arriba y el aire se escurre. Son sonidos distintos, pero viven en la misma región.

Ahora di *t, d*. La punta de la lengua toca atrás de los dientes de arriba. Si sabes decir la *th* del inglés (*think, that*), también está aquí: la lengua entre los dientes.

Di *k, g*, y la *j* de *jota*. Esto ocurre al fondo, donde la lengua se levanta contra el paladar blando, cerca de la garganta.

Di *s*, sostenida: *sssss*. Y *sh*, como cuando pides silencio: *shhhh*. Y la *ch* de *chile*. Son silbidos: el aire sale apretado y hace ruido.

Di *l, r, rr*. La lengua no tapa el paso del aire: lo desvía por los lados, o vibra. El aire fluye.

Di *mmmm* con la boca cerrada. Sientes el zumbido en los labios y en la nariz.

Y di *nnnn*. También zumba por la nariz, pero ahora la boca está

abierta y la lengua arriba.

Acabas de recorrer un país pequeño que tiene siete regiones. Todas las consonantes que usas —y casi todas las de los idiomas que vas a aprender— viven en alguna de ellas.

Las siete clases

La endolingüística llama a estas regiones **clases**, y a cada una le da un símbolo griego. Aquí está el mapa completo:

símbolo	se lee	región	consonantes que viven ahí
Φ	fi	los labios	p, b, f, v
Θ	theta	los dientes	t, d, la <i>th</i> inglesa
X	ji	el fondo	k, g, j, la <i>h</i> inglesa y alemana
Σ	sigma	el silbido	s, z (la del inglés <i>zoo</i>), sh, ch
Λ	lambda	las fluidas	l, r, rr
Μ	san	el zumbido cerrado	m
Ξ	xi (<i>ksi</i>)	el zumbido abierto	n, ñ

Este es el cuadro que más vas a usar en todo el manual. Está repetido en el Anexo A para que lo tengas a mano.

Una letra es un disfraz; la familia es la persona

Aquí está la primera idea técnica importante, y también la más liberadora.

Cuando comparas *padre* con *father*, la primera letra es distinta: *p* en un caso, *f* en el otro. Si comparas letras, son palabras diferentes. Pero las dos consonantes viven en la misma región, la de los labios. Si comparas clases, las dos palabras empiezan igual: con Φ .

palabra	esqueleto	clases
padre	$p \cdot d \cdot r$	$\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$
father	$f \cdot th \cdot r$	$\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$
Vater	$f \cdot t \cdot r$	$\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$
pater	$p \cdot t \cdot r$	$\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$

Lo que en la tabla de letras eran cuatro palabras distintas, en la tabla de clases es una sola secuencia, repetida cuatro veces. La *p* y la *f* son disfraces distintos de la misma persona. Por eso el parentesco entre *padre* y *father* es invisible para quien compara letras, y evidente para quien compara clases.

¿Y por qué símbolos griegos, y no simplemente las letras P, T, K? Porque las letras pertenecen a cada lengua. La *p* es del español; la *th* es del inglés. Si escribiéramos la clase de los labios con una *P*, tarde o temprano alguien pensaría que la *f* de *father* es una *p* mal pronunciada, y eso es falso. Las clases no son letras de ninguna lengua. Merecen un nombre que no sea de nadie.

Pruébalo Pasa a clases estas palabras. Primero saca el esqueleto (con las reglas del capítulo 2), después cambia cada consonante por su símbolo.

madre · *mesa* · *tren* · *luna* · *gato* · *nube*

(Soluciones: Anexo B, ejercicio 3.1.)

Tres reglas finas

Casi siempre, clasificar es inmediato. Pero hay tres casos que confunden al principio.

1. El silbido es sólo el silbido. La *f* también hace ruido de aire, y la *j* también, y la *th* también. Pero ni la *f* ni la *j* ni la *th* son Σ . ¿Por qué? Porque la clase se decide por **dónde** ocurre el sonido, no por **cómo**. La *f* ocurre en los labios, así que es Φ . La *j* ocurre al fondo, así que es X . La *th* ocurre en los dientes, así que es Θ . En Σ sólo entran los verdaderos silbidos: *s*, *z*, *sh*, *ch*.

2. La *ch* se lee por su final. Si dices *ch* muy despacio, notas que empieza como una *t* y termina como un silbido: *t-sh*. Es un sonido de transición. La regla es leerlo por donde termina, así que la *ch* es Σ .

3. La frontera de la *ll* y la *y*. En el capítulo anterior te pedí que marcaras la *ll* de *llave* entre paréntesis. La razón es que ese sonido está justo en el límite entre vocal y consonante: en unas bocas suena casi como una *i*, en otras casi como la *j* francesa. Cuando lo estudiamos con cuidado, vimos que forzarlo a una clase metía errores en todo lo demás. Así que por ahora queda como **caso frontera**: se anota, se ve, y no se clasifica a la fuerza. Es una buena lección de método. Cuando algo no encaja, es mejor dejarlo marcado que esconder la duda.

Ojo La *h* del español no suena, así que no tiene clase: simplemente no está. Pero la *h* del inglés (*house*, *heart*) y la del alemán (*Hund*) sí suenan: es un soplo que sale del fondo de la garganta. Esa *h* es X .

Lo que una clase es

Hasta ahora te he presentado las clases como regiones de la boca, y es la forma correcta de empezar. Pero no es toda la historia, y te debo

el resto.

Las siete clases se llaman **OAS**, por sus siglas en inglés: *Originating Affective Sounds*, sonidos afectivos originarios. El nombre dice algo importante. Una clase no es un sonido. Es la **sensación** que ciertos sonidos producen en quien los dice y en quien los oye. Esa sensación está anclada en el cuerpo —en la región de la boca donde se hace el sonido—, pero no es lo mismo que el sonido.

Puedes notarlo tú. Di *mmm* con la boca cerrada: hay algo de adentro, de cierre, de quedarse. Di *ppa!*: algo sale, algo se abre de golpe. Di *t*: algo se detiene en seco. Di *sss*: algo se escapa, continuo. Di *lll*: algo corre, se desliza. Di *k* con fuerza: algo se junta atrás y empuja. Di *nnn*: algo resuena por dentro.

Cada clase tiene algo así como un carácter. La endolingüística lo estudia con cuidado. Y justo por eso tengo que ponerte ahora la advertencia más importante de toda la Parte I.

Ojo El carácter de una clase no es un significado. La clase de los labios no quiere decir «padre», ni «fuerza», ni nada. Una clase, sola, no significa nada y no predice nada. Es como un color en la paleta antes de que nadie pinte: tiene su tono, pero todavía no es un cuadro.

Esta advertencia existe porque la tentación es enorme. Parece natural pensar: «si la *m* se siente como cierre y la *t* como límite, entonces una palabra con *m* y *t* significa "cierre con límite"». Ese razonamiento se llama **sumar clases**, y está prohibido en este método. No por capricho, sino porque no funciona: produce significados inventados que parecen profundos y no resisten ninguna prueba. Quien convierte las sensaciones de los sonidos en significados de palabras ya no está haciendo endolingüística. Está haciendo otra cosa, parecida a la numerología.

¿Entonces para qué sirven las clases? Sirven para **ver**: para reconocer que *padre* y *father* son la misma secuencia bajo dos disfraces. Y sirven como piezas de algo más grande. El sentido, cuando aparece, no aparece en las clases sueltas. Aparece cuando las clases se combinan en un orden y esa combinación se repite en muchas palabras de muchas lenguas. A esa combinación la llamamos **código**, y es el tema del próximo capítulo.

Una clase es de una familia de lenguas

Una última precisión. Las siete clases de este capítulo son las que propuse para nuestra familia de lenguas, la indoeuropea. Las bocas de todo el mundo tienen los mismos labios, los mismos dientes y el mismo fondo, así que las regiones físicas son las mismas en todas partes. Pero la sensación que un grupo de sonidos produce, y cómo se agrupan los sonidos entre sí, puede cambiar de una familia de lenguas a otra. Un sonido que en nuestra familia se siente como fuerza puede sentirse de otro modo en otra familia. Por eso las clases no se trasladan sin más a lenguas de otras familias, como el náhuatl, el árabe o el japonés. Volveremos a esto en el capítulo 9.

Reto Clasifica las consonantes de estas palabras inglesas. Pronúncialas bien antes de clasificar (si no sabes cómo suenan, búscalas en un diccionario en línea que tenga audio).

think · house · church · shoe · zero · knee

(Soluciones: Anexo B, ejercicio 3.2.)

Para ir más lejos Los lingüistas tienen su propio sistema para clasificar sonidos, mucho más detallado: el **Alfabeto Fonético Internacional** (AFI, o IPA en inglés). Distingue, por ejemplo, entre la *b* de *bota* y la de *cabo*, que en español suenan distinto aunque no lo notes. Las clases OAS no compiten con ese alfabeto. Son otro tipo de instrumento: el AFI describe sonidos con toda precisión; las clases agrupan sonidos por la región y la sensación que comparten. Uno es una lupa; el otro, un mapa.

El código

Armar el objeto

Ya tienes todas las piezas. Leer una palabra endolingüísticamente es hacer tres movimientos seguidos:

- 1. **Quitar lo que no es raíz:** terminaciones, prefijos, sufijos (capítulo 2).
- 2. **Sacar el esqueleto** de la raíz: sus consonantes, tal como suenan, en su orden (capítulo 2).
- 3. **Pasar a clases:** cada consonante, a su región (capítulo 3).

Lo que queda es una secuencia muy corta: casi siempre dos o tres clases, en un orden. Eso, exactamente eso, es un **código endolingüístico**. Si tiene dos clases lo llamamos **binario**; si tiene tres, **ternario**.

palabra	raíz	esqueleto	código
padre	padr-	p · d · r	$\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$
madre	madr-	m · d · r	$M \cdot \Theta \cdot \Lambda$
tierra	tierr-	t · r	$\Theta \cdot \Lambda$
cantar	cant-	k · n · t	$X \cdot \Xi \cdot \Theta$

La idea del código es el corazón de la endolingüística, y viene de sus fundadores, Meulemans y Elias. Ellos descubrieron, comparando decenas de lenguas, que ciertos patrones de consonantes se repiten una y otra vez, atraviesan los siglos y las fronteras, y reúnen a su alrededor palabras cuyo sentido tiene algo en común. Las clases con que aquí escribimos esos patrones son la forma en que yo los ordeno.

El orden importa

Ahora un detalle que parece menor y es el alma del asunto.

21 no es lo mismo que 12, aunque use las mismas cifras. Con los códigos pasa igual: $\Theta \cdot \Lambda$ **no es lo mismo que** $\Lambda \cdot \Theta$. Mismas dos clases, orden distinto, código distinto.

Para hablar de esto con precisión necesitamos dos palabras.

- El **núcleo** de un código es el conjunto de sus clases, sin importar el orden. Se escribe entre llaves: el núcleo de $\Theta \cdot \Lambda$ es $\{\Theta, \Lambda\}$, y el de $\Lambda \cdot \Theta$ también.
- El **código** es la secuencia **con** su orden. $\Theta \cdot \Lambda$ y $\Lambda \cdot \Theta$ tienen el mismo núcleo, pero son códigos distintos.

Cuando dos códigos tienen el mismo núcleo y el orden al revés, decimos que uno es la **inversión** del otro.

Una inversión que puedes oír

Lee estas dos listas en voz alta, una después de la otra.

$\Theta \cdot \Lambda$	$\Lambda \cdot \Theta$
tierra	rueda
terreno	rodar
terrazza	rotar
aterrizar	rotación

(En *rueda*, la *u* es la vocal de un diptongo, así que no cuenta: el esqueleto es *r · d*.)

De un lado, palabras de suelo, de asiento, de lo que se queda quieto. Del otro, el mismo par de clases invertido: palabras de giro, de vuelta, de movimiento. Las mismas dos notas; tocadas en un orden suenan a reposo, en el otro suenan a marcha.

Ahora viene lo honesto, y es tan importante como lo bonito.

Tierra y *rueda* **no son parientes**. *Tierra* viene del latín *terra*, que viene de una raíz protoindoeuropea que significaba «seco». *Rueda* viene del latín *rota*, de otra raíz, que significaba «correr, rodar». Son dos historias distintas. Ningún diccionario etimológico las conecta.

Entonces, ¿qué es lo que acabas de oír? No es un parentesco: es una **lectura endolingüística**. Es la observación de que dos palabras de historias distintas llevan el mismo núcleo en orden inverso, y de que sus campos de sentido —el reposo, el giro— también parecen estar en relación. La endolingüística propone que esto no es del todo casual: que el orden de las clases orienta el sentido. Pero eso es una propuesta, no un hecho demostrado, y hay que tratarla como tal.

Reto En alemán, *tierra* se dice *Erde*. Su esqueleto es *r · d*: el código es $\Lambda \cdot \Theta$, el orden de la *rueda*, no el de la *tierra*. ¿Eso tira abajo la lectura de la tabla anterior? Piénsalo antes de seguir leyendo. No hay una respuesta cerrada; lo que importa es cómo razonas.

Una pista para el reto. Un ejemplo que no encaja no destruye por sí solo una propuesta, pero tampoco se puede esconder. Lo que decide si una lectura vale es contar: cuántas palabras la cumplen y cuántas no, en muchas lenguas, comparado con lo que saldría por puro azar. Dos o tres ejemplos bonitos no prueban nada, y uno feo tampoco refuta nada. Por eso, en este manual, cada vez que te muestre una lectura así te voy a decir que es una lectura. Ese hábito es la diferencia entre un método y una colección de coincidencias.

Un código no significa: orienta

Si al leer la tabla de *tierra y rueda* pensaste «entonces $\Theta \cdot \Lambda$ significa tierra», este es el momento de frenar. Ese pensamiento es natural, y es la puerta equivocada.

Un diccionario dice lo que una palabra significa. Un código no hace eso. Un código **orienta**: señala una zona —«las palabras que me llevan tienden a vivir por aquí»— sin decir qué hay en la zona.

Es la diferencia entre un mapa del tesoro y una brújula. El mapa promete el cofre. La brújula sólo jura dónde está el norte; lo que haya al norte lo dirá el terreno.

Hay un ejemplo que muestra esto mejor que cualquier explicación. Mira estas palabras:

palabra	lengua	sentido	código de la raíz	de dónde viene
calor	español	calor	$X \cdot \Lambda$	raíz latina <i>cal-</i> «estar caliente»
caliente	español	calor	$X \cdot \Lambda$	la misma raíz <i>cal-</i> (+ sufijo <i>-iente</i>)
caldo	italiano	caliente	$X \cdot \Lambda \cdot \Theta$	raíz <i>cald-</i> : latín <i>calidus</i> , de la misma raíz <i>cal-</i> que <i>calor</i> ; en italiano el viejo sufijo se fundió con la raíz
gélido	español	frío	$X \cdot \Lambda$	raíz <i>gel-</i> (+ sufijo <i>-ido</i>): latín <i>gelidus</i> , de <i>gelu</i> «helada»
cold	inglés	frío	$X \cdot \Lambda \cdot \Theta$	la misma raíz que <i>gelu</i>
kalt	alemán	frío	$X \cdot \Lambda \cdot \Theta$	la misma raíz que <i>gelu</i>

Aquí hay dos familias. *Calor*, *caliente* y *caldo* son de una: la raíz latina *cal-*. *Gélido*, *cold* y *kalt* son de otra: son parientes entre sí (*gélido* es, de hecho, el primo español de *cold*), y vienen de una raíz que significaba frío. Las dos familias **no están emparentadas**. *Calor*, *caliente* y *gélido* empiezan la raíz con el mismo par $X \cdot \Lambda$.

Y aquí está lo más fino: el italiano *caldo*, que significa «caliente», y el inglés *cold*, que significa «frío», tienen exactamente el mismo código, $X \cdot \Lambda \cdot \Theta$. Vienen de dos familias sin parentesco, y cada uno está en un extremo del mismo eje: la temperatura. El alemán *kalt*, hermano de *cold*, lleva también $X \cdot \Lambda \cdot \Theta$.

Un matiz, para ser honestos. En latín, la *d* de *calidus* era del sufijo, no de la raíz. En italiano el sufijo se fundió, y hoy esa *d* es parte de la raíz *cald-*. Eso no lo hicimos nosotros al separar la palabra: lo hizo la lengua sola.

¿Se contradice el código, que aparece a la vez en lo caliente y en lo frío? Sólo si esperábamos que significara. Si entendemos que orienta, la aparente contradicción se vuelve información. Ese código señala un eje —el de la temperatura— y cada palabra camina ese eje hasta una punta distinta. Una brújula que marca el eje norte-sur no queda refutada porque un viajero vaya al norte y otro al sur.

(Esto último, otra vez, es una lectura. Lo que está documentado es que *gélido*, *cold* y *kalt* son parientes y que *calor*, *caliente* y *caldo* son de otra familia. Que *caldo* y *cold* coincidan en todo el código $X \cdot \Lambda \cdot \Theta$, y las dos familias en el eje, es la observación endolingüística.)

El uso es el árbitro

Si el código no dice qué significa una palabra, ¿quién lo dice? **El uso.** Las frases reales donde vive la palabra, lo que la gente efectivamente hace con ella.

El código dice *dónde mirar*; el uso dice *qué se ve*. Ese reparto de trabajo es la regla más importante del método, y quien lo invierte —quien decide primero qué «significa» un código y después obliga a las palabras a obedecerle— ya no está observando la lengua. Le está dictando.

Cómo no leer un código

Vuelvo a la trampa del capítulo 3, porque con los códigos se vuelve más tentadora.

Toma la palabra inglesa *star*, estrella. Su código es $\Sigma \cdot \Theta \cdot \Lambda$. Alguien podría razonar así: « Σ es el silbido, que se siente como salir; Θ es el límite; Λ es lo que fluye. Entonces *star* es algo que sale, se define y fluye: ¡una estrella!».

Ese razonamiento está mal, y conviene entender por qué, porque no es sólo que la conclusión sea dudosa.

1. **Trata a cada clase como si tuviera un significado fijo.** Ya vimos que no lo tiene.
2. **Suma los pedazos**, como si el código fuera una frase hecha de tres palabras. Pero las clases no se suman: se **enlazan**, y el resultado depende del todo y del orden, igual que el agua no se parece ni al hidrógeno ni al oxígeno.
3. **Cierra lo que el código abre.** Un código señala un campo amplio; una glosa de dos palabras lo encierra en una etiqueta. Si una lectura cabe en dos palabras, casi seguro se armó sumando.

¿Cuál es la forma correcta, entonces? Ir a las palabras. *Star* tiene parientes documentados: el latín *stella*, de donde viene tu *estrella*, y el alemán *Stern*. Lo que esas palabras comparten, y lo que la gente hace con ellas en frases reales, es lo que te dice qué campo orienta ese código. El sentido se lee de las **relaciones entre las palabras**, no de las piezas del código.

Pruébalo Saca el código de la raíz de estas palabras. Después busca las parejas que tengan el mismo núcleo en orden inverso.

sal · las · loma · malo · nota · tono · rama · mar

(Soluciones: Anexo B, ejercicio 4.1.)

Ojo En el ejercicio anterior vas a encontrar inversiones entre palabras que no tienen nada que ver: *malo* y *loma*, por ejemplo. Encontrar una inversión es facilísimo. Lo difícil, y lo interesante, es saber si significa algo. Las inversiones del juego de palabras son un buen entrenamiento para el ojo; no son descubrimientos.

Resumen de la Parte I

Con esto tienes el instrumento completo. Repasemos:

- El **esqueleto** es el conjunto de consonantes de una palabra, sacado del sonido (capítulo 2).
- La **raíz** es la pieza que lleva el sentido; el código se saca de ella (capítulo 2).
- Las **clases** son siete regiones de la boca con su sensación propia; no significan nada solas (capítulo 3).
- El **código** es la secuencia de clases de la raíz, en su orden; el **núcleo** es el mismo conjunto sin orden; la **inversión** cambia el orden y conserva el núcleo (este capítulo).
- El código **orienta**, no significa. El **uso** es el árbitro.

En la Parte II vas a usar todo esto para lo que prometí al principio: aprender idiomas. Y lo primero que necesitas saber es quiénes son parientes de verdad.

PARTE II

Usarlo para aprender idiomas

Parientes de viaje

Tres maneras de parecerse

Dos palabras de lenguas distintas se pueden parecer por tres razones, y la mitad del arte de aprender idiomas con este método consiste en distinguirlas.

Primera razón: la herencia. Las dos palabras descienden de una misma palabra antigua, y cada lengua la fue transformando a su manera. *Padre* y *father* son así: las dos vienen, por caminos separados, de la misma palabra protoindoeuropea. Nadie se la prestó a nadie. Son como primos que heredaron la nariz del mismo bisabuelo.

Segunda razón: el préstamo. Una lengua tomó la palabra de otra, ya hecha. *Tomate* es así: el español la tomó del náhuatl *tomatl*. *Chocolate*, del náhuatl *chocolātl*. *Aguacate*, del náhuatl *āhuacatl*. Aquí no hay antepasado común; hay un viaje de una lengua a otra.

Tercera razón: la coincidencia. Las dos palabras no tienen historia común ni se prestaron nada, y aun así se parecen. Como dos desconocidos que se parecen en la calle. Que no sean parientes no quiere decir que el parecido no importe: en el capítulo 12 vas a ver que la endolingüística lo toma muy en serio.

Las tres se ven igual desde fuera. Por eso hace falta aprender a mirarlas por dentro, y a preguntarle a la historia.

Coderivados

A las palabras de la primera razón la lingüística las llama **cognados**: palabras «nacidas juntas». En endolingüística preferimos otro nombre, **coderivados**, porque subraya lo que nos importa. Un coderivado es una palabra que, al descender de una fuente común, **conserva el código**. No nos interesa la etimología en abstracto, sino el hueso que sobrevivió al viaje.

Los coderivados son el terreno donde este método da más fruto y donde es más honesto. Cuando aprendes *father* sabiendo que es *padre* con otro acento, no estás inventando una conexión para acordarte: estás viendo una conexión que existe, que está documentada, que la lingüística comprobó con cientos de ejemplos. Por eso la regla de oro del trabajo con códigos para aprender idiomas es esta:

Pruébalo Antes de seguir, apréndete la regla de oro de memoria. Dila en voz alta dos veces: **el juego se juega con coderivados**. No con cualquier palabra que suene parecido.

Los préstamos también viajan

Los préstamos no son parientes, pero tienen su propia historia, y a veces es más aventurera que la de los coderivados.

Mira el viaje de *azúcar*. Empezó en la India, en sánscrito, como *śárkarā*. De ahí pasó al persa medio, *šakar*. Del persa, al árabe, *sukkar*. Y del árabe que se hablaba en la península ibérica, al español antiguo, *açúcar*. Cuatro lenguas, dos familias, miles de kilómetros. La palabra cambió de manos como una mercancía, y de hecho viajó con la mercancía.

¿Y esa *a* inicial de *azúcar*? Es un recuerdo del árabe, que ponía su artículo *al-* pegado a los sustantivos. El español se llevó el artículo jun-

to con la palabra, sin darse cuenta. Lo mismo pasó con *aceite* (del árabe *az-zayt*, «el aceite») y *almohada* (del árabe andalusí *al-muḳadda*). Muchas palabras del español que empiezan con *al-* o con *az-* vienen de ese viaje. Muchas, no todas: *alto* y *alma* vienen del latín, así que hay que comprobar cada una.

Ojo Que una palabra sea préstamo no la hace menos tuya. *Tomate* es tan español como *padre*. Lo que cambia es el tipo de conexión que puedes usar para aprender. Un préstamo te conecta con la lengua de la que vino, no con sus parientes.

A veces, préstamo y herencia se cruzan. *Ganso* y el inglés *goose* son parientes: vienen de la misma palabra germánica. Pero el español no la heredó del latín: la tomó prestada del gótico, la lengua de uno de los pueblos germánicos que llegaron a la península hace unos mil quinientos años. Es un pariente que llegó de visita y se quedó a vivir.

Falsos amigos

Aquí empieza la parte delicada. Un **falso amigo** es una palabra de otra lengua que se parece a una tuya pero no significa lo mismo. Todos los que estudian inglés conocen algunos. El problema es que hay **dos tipos** de falsos amigos, y casi nadie te lo explica.

Tipo 1: parientes que cambiaron de oficio

Algunos falsos amigos **sí son parientes**. Vienen de la misma palabra, pero en cada lengua el sentido se fue moviendo hasta quedar en lugares distintos.

español	inglés	lo que significa en inglés	la historia
actual	actual	real, verdadero	las dos vienen del latín <i>actualis</i> , «activo»
éxito	exit	salida	las dos vienen del latín <i>exitus</i> , «salida»; en español pasó a «resultado» y luego a «buen resultado»
librería	library	biblioteca	las dos vienen del latín <i>liber</i> , «libro»
embarazada	embarrassed	avergonzado	ver abajo

El caso de *embarazada* es el mejor, y seguramente te lo han contado mal. Mucha gente dice que *embarazada* y *embarrassed* no tienen nada que ver y que su parecido es pura casualidad. No es así. El inglés tomó *embarrass* del francés *embarrasser*, y el francés lo tomó del español o del portugués antiguo *embaraçar*, que quería decir «enredar, trabar». Esa palabra venía de *baraço*, «cuerda, lazo», que a su vez venía del árabe *marasa*, «cuerda». Las dos palabras son parientes. Las dos hablan, en el fondo, de algo que te enreda, que te estorba. En inglés el estorbo se volvió vergüenza; en español, el estorbo se volvió el embarazo.

La lección es importante: **el parentesco no garantiza el significado**. Dos coderivados pueden haber viajado tanto que ya no significan lo mismo. El código te ayuda a recordar la palabra; el uso te dice qué significa. Si confías sólo en el código, vas a decir en inglés que estás *embarrassed* cuando quisiste decir otra cosa.

Tipo 2: desconocidos que se parecen

Otros falsos amigos no tienen ningún parentesco, y a veces se parecen muchísimo. El caso más impresionante para quien habla español es *mucho* y *much*: mismo sentido, casi el mismo sonido, el mismo código... y ningún parentesco. Lo vas a ver con calma en el capítulo 12, porque enseña dos cosas a la vez: los límites de este método y uno de sus misterios más interesantes.

Dos capas del español

Y ahora, una de las cosas más útiles que te puede dar este manual para aprender inglés.

El español tiene, para muchas ideas, **dos palabras de la misma familia**. Una llegó del latín hablado, de boca en boca, durante siglos, y se fue gastando con el uso: perdió consonantes, cambió otras. La otra la tomaron del latín escrito, siglos después, personas cultas que la copiaron casi tal cual de los libros. La primera es la palabra **heredada**; la segunda, la palabra **culta**. Mira:

heredada (gastada por el viaje)	culta (copiada del latín)	inglés
hijo	filial	filial
noche	nocturno	nocturnal
ojo	ocular	ocular
leche	lácteo	lactose
hablar	fábula	fable
rodar	rotar	rotate

¿Ves lo que pasa? Las palabras heredadas se parecen poco al latín y poco al inglés. Pero las cultas conservan el hueso latino casi intacto... y el inglés tomó del latín y del francés miles de palabras cultas de este mismo tipo. Por eso **tu vocabulario culto en español es una puerta directa al vocabulario del inglés**. Cuando en inglés te encuentres una palabra larga, de aspecto serio, pregúntate si no será la gemela de una palabra culta que ya conoces.

Ojo No te pases de confiado. Ya viste que *actual*, *library* y *embarrassed* son cultas o casi, y son falsos amigos. La puerta existe, pero hay que cruzarla preguntando. El capítulo 8 te da una forma práctica de hacerlo.

La prueba del falso amigo

Antes de dar por buena una conexión entre dos palabras de lenguas distintas, hazte estas cuatro preguntas:

1. **¿Suenan parecido por dentro?** Saca el esqueleto de la raíz y el código de las dos. Si no comparten ni siquiera el núcleo, probablemente no hay conexión útil.
2. **¿Tienen historia común?** Búscalos. Un diccionario etimológico te lo dice en un minuto. Si no tienes uno a mano, el *Diccionario de la lengua española* en línea y los diccionarios en inglés con etimología te sirven para empezar.
3. **¿Significan lo mismo hoy?** Aunque sean parientes, fíjate en cómo se usan en frases reales de la otra lengua. El uso es el árbitro.
4. **¿Es herencia o préstamo?** Te dice qué tipo de conexión puedes aprovechar.

Parece mucho trabajo. Al principio lo es. Pero con la práctica se vuelve un gesto de dos segundos, una pequeña duda deliberada antes de guardar una palabra en la memoria: *¿esto es parentesco real, o eco casual?* Ese gesto es lo que separa a quien aprende rápido de quien se equivoca rápido.

Reto Clasifica estos pares en tres grupos: (a) coderivados con el mismo sentido, (b) coderivados que cambiaron de sentido, (c) préstamos. Usa un diccionario.

tres / three · éxito / exit · tomate / tomato · noche / night · ganso / goose · actual / actual

(Soluciones: Anexo B, ejercicio 5.1.)

En el próximo capítulo vas a descubrir que las lenguas no cambian las palabras al azar: siguen reglas. Y que esas reglas se pueden aprender como se aprende un truco de magia, una sola vez, para usarlo mil.

Las reglas del viaje

Un truco que se aprende una vez

Imagina que alguien te da una lista de cuarenta palabras en un idioma que no conoces y te dice: «apréndetelas». Ahora imagina que, en vez de eso, te da una sola regla y te dice: «con esto puedes adivinar treinta de las cuarenta». ¿Qué prefieres?

Las lenguas emparentadas no cambian las palabras al azar. Las cambian con reglas, y cada regla se aplica a cientos de palabras a la vez. A esas reglas la lingüística las llama **correspondencias**: donde una lengua tiene tal sonido, la otra tiene tal otro. Aprender una correspondencia es aprender un truco una vez para usarlo mil.

Este capítulo te enseña varias. Pero no te las voy a dar como lista. Te voy a poner las palabras delante y vas a ver la regla tú. Así funciona mejor: lo que descubres, lo recuerdas.

La *h* que era una *f*

Empecemos en casa. Mira estas palabras en cuatro lenguas que vienen del latín, y en el latín mismo:

español	portugués	italiano	francés	latín
hacer	fazer	fare	faire	facere
hijo	filho	figlio	fil	filius
hierro	ferro	ferro	fer	ferrum
harina	farinha	farina	farine	farina
hilo	fio	filo	fil	filum
hoja	folha	foglia	feuille	folium
horno	forno	forno	—	furnus

Mira la primera letra de cada columna. ¿Qué ves?

Donde el latín, el portugués, el italiano y el francés tienen *f*, el español tiene *h*. Y esa *h* no suena. Es decir: el español **perdió** la *f* inicial del latín. No en una palabra, sino en todas estas y en muchas más.

¿Por qué, entonces, se escribe la *h*? Porque es la huella de la *f*. En el español antiguo, hace unos ochocientos años, todavía se decía *fazer*, *fijo*, *fierro*, *forno*. Poco a poco la *f* se fue suavizando hasta volverse un soplo, que se escribió *h*, y después el soplo desapareció. La ortografía se quedó con la letra, como quien guarda la foto de un pariente que ya no está.

Ya puedes contestar la pregunta que dejé pendiente en el capítulo 2. La *h* muda del español está ahí, muchas veces, porque antes hubo una *f*.

Pruébalo Sabiendo esta regla, ¿cómo crees que se dice *humo* en italiano? ¿Y *higo* en portugués? Escribe tu apuesta antes de buscarla. (Solución: Anexo B, ejercicio 6.1.)

La regla tiene sus propias reglas

Ahora mira estas palabras: *fuego, fuerte, flor, frente*. Vienen del latín *focus, fortis, flos, frons*, y conservan la *f*. ¿Rompen la regla?

No del todo. Fíjate en lo que viene después de la *f*: en *fuego* y *fuerte*, el diptongo *ue*; en *flor* y *frente*, una consonante fluida, *l* o *r*. En esas posiciones la *f* resistió. (No siempre fue fácil: durante un tiempo se dijo también *huego*, y al final ganó la forma con *f*.) Una regla con excepciones que tienen su propia explicación no es una regla rota. Es una regla más precisa.

Lo que le pasa al código

Esto tiene una consecuencia para el código. Cuando el español pierde la *f*, el código pierde una clase: *filius* empezaba con Φ ; *hijo*, no. El portugués *filho* y el italiano *figlio* la conservan. Si quieres encontrar el código original de una palabra española que empiece con *h* muda, muchas veces te conviene mirar a sus primas: el portugués y el italiano guardaron lo que el español perdió.

Lo que hizo el español con *cl, pl* y *fl*

Otra tabla. Esta vez el latín empieza con dos consonantes juntas.

latín	español	portugués	italiano	francés
clavis	llave	chave	chiave	clé
pluvia	lluvia	chuva	pioggia	pluie
flamma	llama	chama	fiamma	flamme
plenus	lleno	cheio	pieno	plein

Cuatro lenguas, cuatro soluciones distintas para el mismo problema. El francés conservó los grupos *cl*, *pl*, *fl*. El español los convirtió en *ll*. El portugués, en *ch* (que en portugués suena *sh*). El italiano cambió la *l* por una *i*: *chi*, *pi*, *fi*.

Si hablas español y quieres aprender portugués, esta regla sola te regala decenas de palabras: donde tú dices *ll* y el latín tenía *cl*, *pl* o *fl*, el portugués dice *ch*. *Llamar* es *chamar*. *Llave* es *chave*. *Lluvia* es *chuva*.

Lo que hizo con *ct*

Una más. Esta vez el grupo latino está en medio de la palabra.

latín	español	portugués	italiano	francés	inglés
noctem	noche	noite	notte	nuit	night
octo	ocho	oito	otto	huit	eight
lactem	leche	leite	latte	lait	—

El grupo latino *ct* se volvió *ch* en español, *it* en portugués, *tt* en italiano. Y fíjate en la última columna: el inglés *night* y *eight* no vienen del latín, sino de la rama germánica, pero son coderivados de *noche* y *ocho*. Todos vienen de las mismas palabras protoindoeuropeas.

Ojo Ya conoces *latte*: es el café con leche de las cafeterías. En italiano, *latte* es simplemente «leche». Cuando pides un *latte*, estás pidiendo, literalmente, una leche.

La ley de Grimm: del español al inglés

Ahora vamos al viaje más útil para ti: el que separa al español del inglés.

Las lenguas germánicas —el inglés, el alemán, el neerlandés, el sueco— sufrieron hace más de dos mil años un cambio en cadena en sus consonantes. Lo describió en 1822 Jacob Grimm, el mismo de los cuentos de los hermanos Grimm. Por eso se llama **ley de Grimm**. El latín, en cambio, no sufrió ese cambio. Por eso, comparando palabras españolas (de origen latino) con palabras inglesas (de origen germánico), puedes ver la ley en acción.

Mira estos grupos. En cada uno, busca qué consonante del español corresponde a qué consonante del inglés.

Grupo 1.

español	inglés
padre	father
pie	foot
pez	fish
lleno (latín <i>plenus</i>)	full

Grupo 2.

español	inglés
diente	tooth
dos	two
diez	ten

Grupo 3.

español	inglés
corazón	heart
cuerno	horn
cien (latín <i>centum</i>)	hundred
can («perro», en lenguaje literario)	hound («perro de caza»)
quién	who

Grupo 4.

español	inglés
tres	three

Grupo 5.

español	inglés
gélido	cold
conocer (latín <i>cognoscere</i>)	know (antes se decía <i>cnāwan</i>)

¿Las encontraste? Donde el español (el latín) tiene **p**, el inglés tiene **f**. Donde tiene **d**, el inglés tiene **t**. Donde tiene **k** (escrita *c* o *qu*), el inglés tiene **h**. Donde tiene **t**, el inglés tiene **th**. Donde tiene **g**, el inglés tiene **k** (escrita *c* o *k*, aunque en *know* ya no suene).

Ojo En el grupo 3 hay una trampa del español moderno. *Cien* suena con *s*, no con *k*. Pero en latín, *centum* se pronunciaba *kéntum*. La *c* delante de *e* y de *i* sonaba *k* en latín, y el español la cambió después. Por eso, cuando compares con el inglés, a veces tienes que pensar en cómo sonaba la palabra latina.

Por qué esto le conviene al código

Aquí está lo mejor. Fíjate en qué pares de sonidos intercambia la ley de Grimm:

- *p* y *f*: los dos son de la clase de los labios, Φ .
- *d* y *t*, *t* y *th*: los tres son de la clase de los dientes, Θ .
- *k* y *h*, *g* y *k*: todos son de la clase del fondo, X .

¡La ley de Grimm casi nunca saca a un sonido de su clase! Cambia el disfraz, pero no la persona. Por eso el código de *padre* y el de *father* son idénticos, $\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$, aunque las letras sean distintas. Y por eso las clases son un instrumento tan bueno para ver parentescos entre el español y el inglés: están hechas de tal manera que el cambio más grande que separa a las dos lenguas queda, casi entero, dentro de cada clase.

Del inglés al alemán

Si ya sabes algo de inglés y quieres aprender alemán, hay otra regla que te conviene. El alemán sufrió un segundo cambio en cadena, que el inglés no sufrió.

inglés	alemán
ten	zehn
two	zwei
tongue	Zunge
heart	Herz
water	Wasser
apple	Apfel
pepper	Pfeffer
make	machen
book	Buch
bread	Brot

Donde el inglés tiene *t* al principio, el alemán tiene *z* (que suena *ts*). Donde el inglés tiene *t* en medio, el alemán muchas veces tiene *ss*. Donde el inglés tiene *p*, el alemán tiene *pf* o *ff*. Donde el inglés tiene *k*, el alemán tiene *ch*. Donde el inglés tiene *d*, el alemán tiene *t*.

Aquí, a diferencia de la ley de Grimm, algunos cambios **sí** sacan al sonido de su clase: la *t* de *ten* (Θ) se volvió la *ts* de *zehn*, que termina en silbido (Σ). Cuando eso pasa, el código cambia. No es un fallo del método: es información. Te dice que ese cambio fue más drástico.

Del español al francés

Una última, corta. Mira:

español	francés
cantar	chanter
campo	champ
caballo	cheval
cabra	chèvre
casa	chez

Donde el español tiene *ca*, el francés tiene muchas veces *cha* o *che* (con el sonido *sh*). La última es mi favorita. El francés *chez* quiere decir «en casa de»: *chez moi*, en mi casa. Viene del latín *casa*, la misma palabra que tu *casa*. Se gastó tanto que quedó convertida en una preposición.

Las reglas no son leyes de hierro

Todo lo que has visto en este capítulo son **tendencias con razones**, no leyes absolutas. Hay excepciones. Algunas las explica una regla más fina (como la *f* de *fuego*). Otras las explica un préstamo: una palabra que llegó después de que la regla ya había actuado, y por eso no la sufrió. Otras todavía no tienen explicación.

Enseñarte las correspondencias como si fueran absolutas sería sembrarte una confianza falsa. La forma correcta de usarlas es como una **apuesta informada**: te ayudan a adivinar, y después compruebas.

Reto Usando la ley de Grimm, ¿qué palabra inglesa esperarías que fuera coderivada de *pie*? Ya la conoces. ¿Y de *diente*? ¿Y de *cuerno*? Ahora al revés: el inglés *foot* tiene en español un coderivado culto que no es *pie*. Pista: es un adjetivo que quiere decir «que va a pie» y, por extensión, «vulgar, sin gracia». (Solución: Anexo B, ejercicio 6.2.)

Para ir más lejos El lingüista danés Karl Verner explicó en 1875 por qué algunas palabras parecían romper la ley de Grimm: dependía de dónde caía el acento en la palabra antigua. Fue uno de los grandes momentos de la ciencia del lenguaje, porque convirtió una lista de excepciones en una regla más profunda. Si te interesa, busca «ley de Verner».

En el próximo capítulo tienes estas reglas reunidas por idioma, como un mapa de bolsillo para cada lengua que quieras aprender.

Mapas de bolsillo

Este capítulo no se lee de corrido. Es una caja de herramientas: un mapa corto para cada idioma que probablemente vas a querer aprender. Ve directo al que te sirva, y vuelve cuando empieces otro.

Cada mapa tiene cuatro partes: qué tan lejos está ese idioma del español, las reglas que más rinden, una trampa y un consejo de pronunciación.

¿Qué tan lejos está cada idioma?

Antes de los mapas, un dato que te ayuda a calibrar lo que te espera. Los lingüistas han reunido, para muchas lenguas, cómo se dicen unos 170 conceptos básicos: cosas como *mano*, *agua*, *dormir*, *rojo*, *noche*. Son palabras que toda lengua tiene y que se prestan poco. Con esa lista se puede medir qué porcentaje de esas palabras básicas son coderivados entre dos lenguas: la misma palabra heredada, con otro acento.

Estos son los números para el español, calculados sobre una base de datos de expertos llamada IE-CoR:

idioma	vocabulario básico que comparte con el español por herencia
portugués	84 %
catalán	79 %
italiano	74 %
francés	71 %
rumano	59 %
alemán	24 %
ruso	22 %
inglés	20 %

Leer bien esta tabla te ahorra frustraciones. Con el portugués, más de cuatro de cada cinco palabras básicas son tuyas con otro acento: tu tarea es aprender las reglas del acento. Con el inglés, sólo una de cada cinco. ¿Quiere decir que el inglés está perdido? No. Quiere decir dos cosas. La primera: en el vocabulario básico del inglés vas a tener que memorizar más, y las reglas de Grimm te sirven para esa quinta parte que sí es herencia. La segunda: esta tabla sólo mide palabras básicas heredadas. No cuenta las miles de palabras cultas que el inglés tomó del latín y del francés, que son justo las que viste en el capítulo 5. En el vocabulario culto, el inglés está mucho más cerca de ti de lo que dice este 20 %.

Ojo Un porcentaje alto no quiere decir que el idioma sea fácil de **hablar**. El portugués se lee casi gratis desde el español, pero su pronunciación tiene sonidos que tú no tienes. El trabajo cambia de lugar: de la memoria al oído.

Mapa del inglés

Distancia: lejano en el vocabulario básico (20 %), cercano en el vocabulario culto.

Reglas que más rinden:

1. **La ley de Grimm** (capítulo 6): $p \rightarrow f$ (*padre/father*, *pez/fish*), $d \rightarrow t$ (*diente/tooth*, *diez/ten*), $k \rightarrow h$ (*corazón/heart*, *cuerno/horn*), $t \rightarrow th$ (*tres/three*), $g \rightarrow k$ (*gélido/cold*). Sirve para el vocabulario básico.
2. **La capa culta** (capítulo 5): si una palabra inglesa larga se parece a una palabra culta tuya, probablemente son primas: *nocturnal/nocturno*, *ocular/ocular*, *filial/filial*, *rotate/rotar*.
3. **Busca el latín detrás de tu palabra heredada.** Si *hijo* no te lleva a nada en inglés, prueba con su gemela culta, *filial*. Si *noche* no te lleva a nada, prueba con *nocturno*.

Trampa: los falsos amigos del tipo 1, parientes que cambiaron de oficio: *actual* (real), *library* (biblioteca), *embarrassed* (avergonzado), *exit* (salida). Y los del tipo 2, que ni siquiera son parientes: *much* no viene de *mucho*, ni *have* de *haber*, ni *day* de *día*.

Pronunciación: el inglés escribe muchas letras que no suenan (*know*, *knight*, *walk*) y cambia mucho según el país. Elige un acento de referencia —el estadounidense o el británico— y saca tus esqueletos de ese acento. Recuerda que en el británico muchas *r* finales no suenan: *mother* tiene esqueleto *m · th*.

Mapa del portugués

Distancia: el más cercano de todos (84 %).

Reglas que más rinden:

1. **La f sigue ahí.** Donde tú tienes *h* muda, el portugués tiene *f*: *hacer/fazer, hijo/filho, hierro/ferro, hablar/falar, horno/forno*.
2. **Tu ll es su ch** cuando viene de *cl, pl, fl* latinos: *llave/chave, lluvia/chuva, llamar/chamar, llama/chama*.
3. **Tu ch es su it** cuando viene de *ct* latino: *noche/noite, ocho/oito, leche/leite*.
4. **Sin diptongos ue e ie.** Donde tú tienes *ue* o *ie*, el portugués suele tener *o* o *e*: *nuevo/novo, nieve/neve*.
5. **La n y la l entre vocales desaparecen** muchas veces: *luna/lua, cielo/céu*.
6. **Tu -ción es su -ção:** *canción/canção, nación/nação*.

Trampa: *puxar* parece *empujar*, pero en portugués quiere decir **jalar**. Las dos vienen del latín *pulsare*, «empujar»: son parientes que acabaron en sentidos opuestos.

Pronunciación: lo difícil del portugués no es entenderlo por escrito, es oírlo. Tiene vocales nasales (*canção, mão*) y vocales abiertas y cerradas que distinguen palabras (*avó*, abuela; *avô*, abuelo). Para empezar, un acento del noreste de Brasil o del norte de Portugal te queda más cerca que el de Río o el de Lisboa, porque pronuncian las vocales más completas.

Mapa del italiano

Distancia: muy cercano (74 %).

Reglas que más rinden:

1. **La f sigue ahí:** *hacer/fare, hijo/figlio, humo/fumo, harina/farina.*
2. **Tu ll es su chi, pi o fi:** *llave/chiaave, lleno/pieno, llama/fiamma, llamar/chiamare.*
3. **Tu ch es su tt** cuando viene de *ct*: *noche/notte, ocho/otto, leche/latte.*
4. **Consonantes dobles.** El italiano pronuncia dobles muchas consonantes (*notte, latte, fiamma*). Al sacar el esqueleto, cuenta cada consonante doble una sola vez.

Trampa: *burro* en italiano es mantequilla. *Caldo* es caliente (y aquí tienes otra vez la brújula del capítulo 4: el mismo código que el inglés *cold*, X·Λ·Θ). *Salire* es subir, no salir.

Pronunciación: el italiano tiene un ritmo cercano al tuyo, con vocales claras. Lo nuevo son las consonantes dobles, que se sostienen un instante más: no es lo mismo *pala* que *palla*. Entrénalas desde el principio.

Mapa del francés

Distancia: cercano en el papel (71 %), más lejos en el oído.

Reglas que más rinden:

1. **Tu ca es su cha o che:** *cantar/chanter, campo/champ, caballo/cheval, cabra/chèvre, casa/chez.*
2. **La f sigue ahí:** *hacer/faire, hijo/fils, hierro/fer, hilo/fil.*
3. **Tu ch es su it** cuando viene de *ct*: *noche/nuit, ocho/huit, leche/lait.*

4. **Los grupos *cl*, *pl*, *fl* se conservan:** *llave/clé*, *lluvia/pluie*, *llama/flammé*, *lleno/plein*.

Trampa: el francés escribe muchas consonantes que ya no pronuncia, sobre todo al final. Si sacas el esqueleto de la escritura te va a salir más largo que el de la boca. *Front* se escribe con cinco letras y se dice *frõ*: su esqueleto es *f · r*. Recuerda la regla del capítulo 2: manda el sonido.

Pronunciación: vocales redondeadas que el español no tiene (la *u* de *lune*, la *eu* de *feu*), vocales nasales, y una *r* que se hace al fondo de la garganta. Escucha mucho antes de hablar.

Mapa del alemán

Distancia: lejano desde el español (24 %), pero muy cercano desde el inglés (56 % del vocabulario básico compartido). Si ya sabes algo de inglés, úsalo como puente.

Reglas que más rinden:

1. **Desde el español, la ley de Grimm**, igual que con el inglés: *padre/Vater*, *pie/Fuß*, *pez/Fisch*, *lleno/voll*, *tres/drei*, *can/Hund*, *gélido/kalt*.
2. **Desde el inglés, el segundo cambio** (capítulo 6): *ten/zehn*, *two/zwei*, *water/Wasser*, *heart/Herz*, *apple/Apfel*, *make/machen*, *book/Buch*, *bread/Brot*.
3. **La *v* alemana suena *f*:** *Vater* es *fáter*. Y la *w* suena *v*: *Wasser* es *vásser*. Saca el esqueleto del sonido.

Trampa: *Gift* en alemán es veneno, no regalo (aunque sí es pariente del inglés *gift*). *Rat* es consejo, no rata.

Pronunciación: el alemán tiene la *ch* suave de *ich* y la áspera de *Buch*, las vocales con diéresis (*ü, ö, ä*) y una manera muy marcada de separar las palabras. Es un idioma que se entiende mejor cuando lo lees en voz alta que cuando lo lees callado.

Reto Elige el idioma que más te interese de este capítulo. Busca diez palabras de ese idioma que no conozcas, en cualquier texto (una canción, una noticia, un menú). Para cada una, intenta adivinar su significado usando sólo las reglas de su mapa. Después comprueba. Anota cuántas acertaste. Guarda el número: en el capítulo 8 te digo qué hacer con él.

Para ir más lejos Los números de la tabla del principio salen de un proyecto de investigación que quiere construir, para cada par de lenguas, un manual de «aprender descifrando»: en vez de aprender la lengua nueva desde cero, aprender la transformación que convierte tu lengua en la otra. Hay ya manuales así para varios pares de lenguas. El de español a portugués empieza con una frase que, traducida, dice así: ya sabes español, y ese es tu acordeón.

El método, paso a paso

Por qué la memoria ama las conexiones

Vuelve a la escena del principio del manual: la lista de inglés que se te olvida al día siguiente. No es que tengas mala memoria. Es que la memoria humana no está hecha para guardar datos sueltos. Está hecha para guardar **relaciones**.

La psicología de la memoria lleva más de un siglo estudiando esto, y sus resultados coinciden. Tres de ellos te importan:

1. **Lo que se conecta se queda.** Lo que procesas a fondo —lo que relacionas con algo que ya sabes— se recuerda mucho mejor que lo que repites en el vacío. Los psicólogos lo llaman *procesamiento profundo*.
2. **Lo que produces se queda más que lo que lees.** Si tú mismo generas una respuesta, aunque sea adivinando, la recuerdas mejor que si alguien te la da hecha. Se llama *efecto de generación*.
3. **Lo que repasas espaciado se queda más que lo que repasas de golpe.** Estudiar diez minutos durante cinco días funciona mejor que cincuenta minutos una sola noche. Se llama *efecto de espaciamiento*.

El trabajo con códigos aprovecha los tres a la vez. Cuando descubres que *foot* es *pie* con la ley de Grimm, no estás leyendo un dato: lo estás **generando** a partir de algo que ya sabías. Y la regla que usaste ($p \rightarrow f$) te sirve después para *pez/fish*, *padre/father*, *lleno/full*. Cada palabra nueva llega conectada a una vieja y a una regla. Ya no llega sola.

La idea central de este capítulo cabe en una frase: **la velocidad no viene de aprender cada palabra más rápido, sino de dejar de aprenderlas de una en una.**

Seis movimientos

Lo que sigue son seis técnicas. Te las doy como herramientas, no como dogma. Cada una trae su advertencia, porque un método que sólo enumera sus virtudes está mintiendo.

1. *Empieza por lo que ya casi sabes*

No empieces por las mil palabras más frecuentes del idioma nuevo. Empieza por los **coderivados**: las palabras que ya casi sabes sin saberlo. Sácales el esqueleto y ponlas junto a su gemela en español.

Advertencia: aquí acechan los falsos amigos. El terreno fértil y el terreno minado son el mismo campo. Usa la prueba del capítulo 5.

2. *Aprende escaleras, no escalones*

No memorices $Fuß = pie$. Memoriza la correspondencia $p \rightarrow f$ y deja que te abra la puerta a *Fisch/pez*, *Vater/padre*, *voll/lleno*. Una regla, muchas palabras.

Advertencia: las correspondencias tienen excepciones. Si las tratas como absolutas, vas a inventar palabras que no existen. Úsalas para

apostar, y después comprueba.

3. Cuelga las vocales del esqueleto

Cuando aprendas una palabra nueva, fija primero sus consonantes, que son lo estable, y después ajusta las vocales. Recordar un armazón y colgarle las vocales es más fácil que recordar una secuencia entera de letras.

Advertencia: en algunas lenguas las vocales hacen trabajo gramatical. En alemán, *singen*, *sang*, *gesungen* (cantar, cantó, cantado) tienen el mismo esqueleto y sólo cambian las vocales. Si ignoras las vocales, pierdes el tiempo del verbo.

4. Deja que el uso decida

Cuando una palabra podría significar dos cosas, no decidas tú. Búscala en frases reales: canciones, series con subtítulos, noticias. El código te dice dónde mirar; el uso te dice qué hay.

Advertencia: esta es la técnica más difícil y la más importante. Sin ella, el juego se convierte en adivinanza.

5. Duda un segundo

Antes de guardar una conexión en la memoria, pregúntate: *¿esto es parentesco real, o eco casual?* Un segundo de duda deliberada.

Advertencia: frena el entusiasmo, y el entusiasmo es bueno. Pero sin este freno, el entusiasmo te lleva a guardar errores muy convincentes.

6. Vuelve a la regla con días de por medio

Vuelve a la misma correspondencia en contextos nuevos: hoy con tres palabras, en tres días con otras tres, en una semana con otras. Así la regla se vuelve estructura y no truco de un día.

Advertencia: es aburrido. Va contra la emoción del «¡ajá!». Hazlo de todos modos.

Puntos de acceso escondidos

Hay un recurso que casi nadie usa y que te puede ahorrar mucho trabajo. A veces una palabra del idioma nuevo no es coderivada de tu palabra de todos los días, pero **sí** es coderivada de otra palabra tuya que usas menos: una palabra culta, antigua, regional o de otro registro. Esa otra palabra es un **punto de acceso**: un gancho que ya tienes en la cabeza.

Algunos ejemplos del portugués:

portugués	tu palabra de todos los días	tu punto de acceso
cabelo (pelo)	pelo	cabello
lutar (pelear)	pelear	luchar
cão (perro)	perro	can (el <i>can</i> de <i>canino</i>)
rabo (cola)	cola	rabo
garra (garra)	garra	garra: ¡ya la tienes!

Y del inglés:

inglés	tu palabra de todos los días	tu punto de acceso
tooth	diente	dental, dentista
nocturnal	nocturno	nocturno
hound	perro	can, canino

Pruébalo El inglés *foot* no se parece a *pie*, pero sí tiene un punto de acceso en tu español culto. Ya lo encontraste en el reto del capítulo 6. ¿Cuál era? Ahora busca uno para el inglés *heart*. Pista: piensa en palabras médicas o en palabras que empiezan con *cord-*. (Solución: Anexo B, ejercicio 8.1.)

Frases puente

Una **frase puente** es tu propio idioma doblado hacia el otro. Se toman palabras reales de tu lengua, a veces menos comunes, elegidas para que la frase se alinee casi palabra por palabra con el idioma que aprendes. No es la forma más natural de decirlo, pero te deja cruzar al otro idioma con el paso más corto posible.

Se trabaja en tres líneas: la frase en el idioma nuevo, la frase puente y la frase natural. Dos ejemplos del portugués:

Pruébalo Lee las tres líneas en voz alta, en orden.

Portugués: *O transeunte tenta pegar o ônibus.*

Puente: *El transeúnte intenta tomar el autobús.*

Natural: *El peatón quiere subirse al camión.*

Portugués: *Ela ficou contente quando achou as chaves.*

Puente: *Ella quedó contenta cuando halló las llaves.*

Natural: *Ella se puso contenta cuando encontró las llaves.*

¿Viste lo que pasa? La frase puente usa palabras que tienes pero que casi no usas (*transeúnte, halló*), y con ellas el portugués se vuelve

transparente. *Achou* y *halló* vienen de la misma palabra latina; *chaves* y *llaves*, también. La frase puente no sólo te enseña palabras: te enseña a moverte con el ritmo y el orden del otro idioma.

Reto Construye una frase puente del inglés al español. Elige una frase inglesa sencilla que tenga al menos dos palabras de origen latino (por ejemplo, con *visit*, *family*, *problem*, *important*). Escribe la puente y la natural. Cuidado con los falsos amigos: la puente tiene que decir lo mismo que el original.

Un plan de una semana

Veinte minutos al día. No más. Lo que cuenta es la constancia, no la heroicidad.

día	qué haces
lunes	Eliges una regla del mapa de tu idioma (capítulo 7) y buscas diez palabras que la cumplan. Las escribes con su esqueleto.
martes	Conversión: tapas la columna del idioma nuevo y tratas de producir cada palabra desde tu español, usando la regla. Luego compruebas.
miércoles	Escucha: buscas las diez palabras en audio (un diccionario en línea, una canción, un video) y las repites en voz alta.
jueves	Uso: encuentras al menos tres de las diez en frases reales. Anotas la frase.
viernes	Frase puente: armas una o dos con las palabras de la semana.
sábado	Descanso. En serio.
domingo	Prueba sin andamio: ve el apartado siguiente.

La semana siguiente eliges otra regla, pero el martes y el jueves vuelves también a tres palabras de la semana anterior. Así el repaso queda espaciado sin que tengas que pensarlo.

¿Funciona o sólo me siento bien?

Es una pregunta seria, y te la tienes que hacer. Sentir que un idioma tiene orden es muy motivante, y la motivación ayuda a aprender. Pero también puede engañarte: puedes sentir que avanzas sin avanzar.

Hay una forma sencilla de distinguirlo. Se llama **retirar el andamio**. El domingo, sin mirar tus notas y sin pensar en la regla, trata de decir o escribir las palabras de la semana en el idioma nuevo, a partir

del español. Si te salen, hubo aprendizaje de verdad: la estructura se quedó aunque quitaste el apoyo. Si no te salen, lo que había era sugestión: la sensación de entender sin la capacidad de usar.

Anota cuántas te salen cada domingo. Si hiciste el reto del capítulo 7, ya tienes un primer número para comparar. Ese número es tuyo, y es más honesto que cualquier promesa de este manual.

Lo que este método no es

No reemplaza a la práctica. El trabajo con códigos no está peleado con la enseñanza tradicional. Necesitas también memoria, repetición, hablar con gente, equivocarte en voz alta. El código te da una estructura donde colgar todo eso; no hace el trabajo por ti.

No te exige saber historia. Para *hablar* un idioma basta con jugar a aprenderlo. No necesitas saber qué es el protoindoeuropeo ni cómo se llama cada ley. Hay estudiantes que quieren hablar, no saber, y es completamente válido. Toma de este manual la cantidad de historia que te sirva, y ni un gramo más. La profundidad es un lujo para quien la quiere y un estorbo para quien no. El método está al servicio de quien aprende, no al revés.

No funciona igual con todos los idiomas. Funciona mejor cuanto más emparentado esté el idioma con el tuyo. Con el portugués es casi un atajo; con el inglés es una ayuda seria para una parte del vocabulario. ¿Y con los idiomas que no son parientes del español? Ese es el tema del próximo capítulo.

Para ir más lejos Si eres maestra o maestro y estás leyendo esto: el orden que mejor funciona es primero **reconocer** y después **producir**. Enseña primero las reglas de consonantes, que permiten descifrar lo que se oye y se lee; después practica la conversión activa. Enseña los falsos amigos explícitamente, como los fallos de las reglas. Y fija un acento de referencia desde el primer día. Donde no conozcas la historia de una palabra, dilo: es mejor un misterio declarado que una etimología inventada.

Cuando no hay parientes

Más lejos de lo que crees

Antes de hablar de las lenguas que no son parientes del español, conviene darse cuenta de hasta dónde llegan las que sí lo son. Mira esta tabla:

español	persa (Irán)	sánscrito (India antigua)	ruso
padre	pedar	pitṛ	—
madre	mādar	māṭṛ	mat'
tres	—	tri	tri
noche	—	—	noch'
nuevo	—	—	novyj

El persa se habla a más de doce mil kilómetros de México. Y sin embargo, su *padre* tiene exactamente el mismo esqueleto que el tuyo: $p \cdot d \cdot r$. Su *madre*, también: $m \cdot d \cdot r$. No es casualidad ni préstamo. Es herencia: el persa, el sánscrito, el ruso y el español son ramas del mismo árbol indoeuropeo.

Esto quiere decir que el método de este manual no se acaba en el portugués y el inglés. Llega, con más esfuerzo, al ruso, al hindi, al persa. Cuanto más lejos está la rama, menos coderivados hay y más gas-

tados están, pero el mapa sigue siendo el mismo.

El borde del mapa

Ahora sí: ¿qué pasa con el náhuatl, el árabe, el japonés, el chino, el maya? Ninguno de estos idiomas pertenece a la familia indoeuropea. Cada uno pertenece a otra familia, con su propia historia de miles de años.

La endolingüística llama **macrosistema** a cada una de estas grandes familias vista como un sistema. El indoeuropeo es un macrosistema. El semítico (al que pertenecen el árabe y el hebreo) es otro. El yutoazteca (al que pertenece el náhuatl) es otro. El sinotibetano (al que pertenece el chino) es otro.

Y hay una regla que no se rompe: **los macrosistemas no se mezclan**. No se compara un código del español con uno del árabe como si fueran de la misma lengua, porque no lo son. Hay dos razones.

La primera es la historia. Entre el español y el árabe no hay code-rivados de herencia. Si encuentras una palabra árabe que se parece a una española, o es un préstamo (como *azúcar* o *almohada*, que viste en el capítulo 5), o es una coincidencia sin historia común: lo que en el capítulo 12 vas a llamar convergencia. Parentesco de herencia no hay.

La segunda razón es más profunda. En el capítulo 3 te dije que las clases son de una familia de lenguas: la región de la boca es la misma en todo el mundo, pero la sensación que un grupo de sonidos produce, y cómo se agrupan, puede cambiar de un macrosistema a otro. Cuando en este programa de investigación se midió si el campo de sentido de un código indoeuropeo aparece también en otras familias, coincidió muy pocas veces: menos de una de cada diez. Lo que sí se parece

entre familias es algo más básico: que las lenguas organizan el sentido con patrones de consonantes. Cómo lo hacen, cada familia lo hace a su manera.

Ojo Si alguien te dice que una palabra japonesa y una española «tienen el mismo código, así que significan lo mismo en el fondo», desconfía. Está mezclando macrosistemas. El parecido puede ser real y valer la pena anotarlo, pero no es parentesco, y no prueba por sí solo que las palabras signifiquen lo mismo.

Lo que sí viaja: la manera de mirar

Entonces, ¿el manual no sirve para estos idiomas? Sirve, pero de otra forma. Lo que no viaja son los códigos concretos y sus campos. Lo que sí viaja es **la manera de mirar**: buscar el esqueleto, preguntarse qué es raíz y qué es añadido, sospechar que detrás de una lista de palabras hay un orden, y buscar ese orden **dentro** del sistema del idioma nuevo, no en el tuyo.

Te pongo dos ejemplos.

El árabe: una lengua de esqueletos

El árabe es el mejor ejemplo de que la idea de esqueleto no es un invento de este manual. En árabe, muchas palabras se construyen a partir de una **raíz** de tres consonantes, y el significado se modula metiendo vocales y añadidos alrededor. Mira la raíz *k-t-b*, que tiene que ver con escribir:

palabra árabe	qué quiere decir	cómo se construye
kataba	escribió	la raíz con vocales <i>a-a-a</i>
kātib	escritor, el que escribe	la raíz con el molde del que hace la acción
kitāb	libro	la raíz con otro molde
maktab	oficina, escritorio: el lugar donde se escribe	<i>ma-</i> + la raíz: molde de lugar
maktaba	biblioteca, librería	el lugar de escribir, con otra terminación

Todas llevan *k · t · b* en el mismo orden. Las vocales y el *ma-* del principio no son parte de la raíz: son moldes, piezas de gramática, y cada molde dice algo (el que hace, el lugar donde se hace). Quien aprende árabe aprende pronto a ver las tres consonantes por debajo, y cada raíz nueva le abre una familia entera de palabras.

Por eso el árabe y el hebreo se escriben sobre todo con consonantes, como viste en el capítulo 2. Para quien habla la lengua, el esqueleto es lo que carga el sentido, y las vocales las pone la gramática.

¿Eso quiere decir que *k · t · b* tiene algo que ver con alguna palabra española con esas consonantes? No. El árabe es otro macrosistema. Lo que te llevas del árabe no es un código, sino la confirmación de que mirar el hueso funciona también ahí, con los huesos de *ese* sistema.

El náhuatl: lo que te dejó en casa

El náhuatl no es pariente del español. Pero lleva quinientos años viviendo al lado, y te dejó un regalo en la cocina. Mira:

náhuatl clásico	español
tomatl	tomate
āhuacatl	aguacate
chocolātl	chocolate

Son préstamos, no coderivados. Pero fíjate en el final. Las tres palabras náhuatl terminan en *-tl*, y las tres palabras españolas terminan en *-te*. No es casualidad: *-tl* es una terminación muy frecuente de los sustantivos en náhuatl, y el español, que no tiene ese sonido al final de las palabras, la adaptó siempre de la misma manera. Es una regla de préstamo: una correspondencia, como las del capítulo 6, sólo que entre lenguas que no son parientes.

Si algún día estudias náhuatl, te conviene saber que esa *-tl* no es parte de la raíz: es un añadido, como la *-s* del plural en español. *Toma-*, *āhuaca-*, *chocolā-* son lo que queda cuando se la quitas. Y a partir de ahí, lo que tienes que aprender son las estructuras del náhuatl, desde dentro del náhuatl.

Pruébalo Busca en el *Diccionario de la lengua española* en línea las palabras *chile*, *chapulín* y *papalote*. Al principio de cada entrada dice de dónde vienen. ¿Cuáles vienen del náhuatl? ¿Qué palabra náhuatl dan como origen? ¿Ves la *-tl* o alguna otra terminación que se haya adaptado? (Solución: Anexo B, ejercicio 9.1.)

Aprender un sistema desde dentro

Cuando no hay coderivados que te sirvan de ancla, el trabajo cambia de forma. Ya no se trata de reconocer tus palabras con otro acento. Se trata de aprender **cómo piensa el sistema**: cómo construye las palabras, qué partes son raíz y qué partes son molde, qué sonidos agrupa,

qué distinciones le importan. En el árabe, las raíces de tres consonantes y los moldes. En el chino, el tono, que es parte de la palabra (lo verás en el próximo capítulo). En el náhuatl, las terminaciones y la costumbre de juntar raíces para hacer palabras largas.

Esas estructuras también se descubren estudiando los códigos de ese sistema: sus esqueletos, sus raíces, sus repeticiones. Pero se descubren **dentro** de él.

Y aquí hay una pregunta que no tiene respuesta fácil, y que te dejo abierta. Cuando alguien que habla español estudia cómo «piensa» una lengua de otro macrosistema, ¿cómo sabe que está descubriendo algo de esa lengua, y no proyectándole su propia manera de pensar? Descifrar el pensamiento de otro pueblo y ponerle encima el propio se parecen demasiado. Lo único que ayuda es la humildad: preguntar a quienes hablan esa lengua desde niños, contrastar, y no confundir lo que a ti te parece con lo que es.

Para ir más lejos Hay muchísimas familias de lenguas en el mundo. Sólo en México se hablan 68 lenguas indígenas agrupadas en once familias distintas, según el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI). El náhuatl es sólo una de ellas. Cada una es un macrosistema con su propia manera de organizar el sentido, y casi todas esperan todavía a que alguien las estudie con cuidado desde este punto de vista.

En la Parte III dejamos por un momento el esqueleto y nos vamos a la carne: las vocales, el ritmo, el tono, todo lo que la voz dice además de las consonantes.

PARTE III

La música de la voz

Hueso, color y música

Lo que el esqueleto deja fuera

Durante nueve capítulos hemos trabajado con el hueso. Ha valido la pena: con el esqueleto y las clases puedes ver parentescos que antes eran invisibles. Pero todo método enfoca, y al enfocar deja cosas fuera. Quien mira sólo el esqueleto de una palabra puede dejar de oír su música: su tono, su ritmo, la emoción con que se dice.

Esta parte del manual recupera lo que dejamos fuera. La disciplina que lo estudia se llama **psicofonología**: el estudio del sonido del lenguaje como algo que pasa, a la vez, en la estructura, en el tiempo y en la mente. Es una propuesta mía, que trabaja en alianza con la endolingüística. La endolingüística estudia el hueso; la psicofonología estudia la carne y la voz.

Un «no», tres veces

Empecemos por un experimento que puedes hacer ahora mismo. Di la palabra *no* de tres maneras:

1. Un *no* seco, duro, corto. Una puerta que se cierra.
2. Un *no* largo, que duda, que sube y baja. Un *no* que todavía se está decidiendo.

3. Un *no* pequeño, suave, casi en voz baja. Un *no* que es medio súplica.

Es la misma palabra: una *n* y una *o*. Para la gramática, las tres son idénticas. Y sin embargo, quien te oye sabe perfectamente cuál dijiste, y sabe algo de ti que la palabra no dice.

¿Dónde está la diferencia? La psicofonología dice que todo sonido del lenguaje vive en **tres planos a la vez**:

1. **El plano de la estructura**: qué sonidos son, en qué orden. Aquí los tres *no* son iguales.
2. **El plano de la música**: el ritmo, la duración, la melodía de la voz, dónde sube y dónde baja. Aquí los tres son distintos.
3. **El plano de la mente**: la intención, la emoción, la tensión de quien habla, y lo que produce en quien escucha. Aquí está la causa de la diferencia.

Los tres planos no son capas que se puedan separar y estudiar por su lado. Son tres maneras de mirar un solo acto. Cuando alguien dice *no*, dice las tres cosas a la vez, y quien escucha las recibe a la vez.

Las consonantes dibujan, las vocales colorean

En el capítulo 2 te dije que las consonantes son como un contorno y las vocales como un color. Ahora podemos tomar esa imagen en serio.

Una consonante es un **evento**: un corte, un borde, un instante. Por eso las consonantes se pueden contar y combinar, y por eso con ellas se construyen los códigos. Una vocal es un **estado**: la boca abierta en una forma, sostenida, sonando. Las vocales no cortan el aire: lo colorean.

Y las vocales se pueden mover sin saltos. Entre la *i* y la *a* hay una infinidad de posiciones intermedias; puedes deslizarte de una a otra sin cortar. Entre la *p* y la *t*, en cambio, no hay nada: o cierras los labios o no. Las consonantes son como las teclas de un piano; las vocales, como el sonido de un violín, que puede subir de a poquito.

Por eso la psicofonología dice que la vocal es un **operador de cualidad**. No cambia el esqueleto de la palabra: le da un color. Tres vocales marcan las esquinas de ese espacio de color, y son las mismas que están en las esquinas de todos los esquemas de vocales que usan los lingüistas:

- **A:** la boca más abierta. Amplitud, apertura, hacia afuera.
- **I:** la lengua alta y adelante, la boca casi cerrada. Lo pequeño, lo agudo, lo preciso.
- **U:** la lengua alta y atrás, los labios redondos. Lo hondo, lo oscuro, lo redondo.

Las demás vocales viven entre esas tres esquinas.

¿Bouba o kiki?

Que las vocales tengan color no es una idea sólo de la endolingüística. Es uno de los resultados más sólidos de la psicología experimental del lenguaje.

Pruébalo Imagina dos figuras. Una es redonda, blanda, como una nube o una mancha de tinta con bordes suaves. La otra es puntiaguda, con picos, como una estrella rota. Una se llama *bouba* y la otra *kiki*. ¿Cuál es cuál?

Casi seguro dijiste que la redonda es *bouba* y la puntiaguda es *kiki*.

No eres el único: personas de lenguas muy distintas, y de edades muy distintas, responden lo mismo en la gran mayoría de los casos. Las vocales redondas y abiertas de *bouba* se asocian con lo redondo; la *i* y la *k* de *kiki*, con lo afilado.

Hay otro experimento, más viejo. En 1929 el lingüista Edward Sapir inventó dos palabras, *mil* y *mal*, y dijo a varias personas que las dos eran nombres de mesas: una grande y una chica. ¿Cuál es la grande? La mayoría eligió *mal* para la grande y *mil* para la chica. La *a* abierta va con lo grande; la *i* cerrada, con lo pequeño.

Ahora mira dos palabras que seguro conoces, del griego: *macro* (lo grande, lo extenso) y *micro* (lo pequeño). Tienen el mismo esqueleto, *m · k · r*. Sólo cambia la vocal, y la vocal parece llevar el tamaño: *a* para lo grande, *i* para lo pequeño.

Ojo *Macro* y *micro* **no son parientes**. En griego antiguo, *makrós* (largo) y *mikrós* (pequeño) vienen de raíces distintas. Así que no es que una misma palabra se haya dividido en dos con vocales distintas. Lo que muestran es otra cosa: que dos palabras de historias distintas, con el mismo esqueleto, reparten su sentido justo como predice el color de las vocales. Es una coincidencia que va en la dirección de una tendencia real, comprobada con experimentos. Dicho así, sin exagerar, es un buen ejemplo.

Estas tendencias no son leyes. Son inclinaciones: se notan cuando miras muchas palabras y muchas personas, y hay muchas excepciones. Pero son reales, y dicen algo importante: en la capa más honda del lenguaje, donde el cuerpo hace los sonidos, el sonido y el sentido no están del todo separados.

El ritmo decide qué se oye

Pasemos del color de una vocal a la música de una frase entera.

Las lenguas tienen ritmos distintos. El español tiende a darle más o menos el mismo tiempo a cada sílaba: *ca-ra-me-lo* suena como cuatro golpes parejos. El inglés tiende a apretar las sílabas sin acento entre las que sí lo tienen: *caramel* se comprime, y una vocal casi desaparece. El mismo hueso, puesto en otro ritmo, suena distinto.

Por eso cuando hablas inglés con ritmo de español, aunque pronuncies bien cada sonido, se nota. Pones las sílabas parejas donde el inglés las aprieta. Eso que llamamos **acento** no es sólo que pongas mal una vocal aquí o una consonante allá. Es que tu ritmo interior, el de tu primera lengua, sigue sonando por debajo del idioma nuevo.

A ese ritmo interior la endolingüística lo llama **endorritmo**. No es el ritmo que se puede grabar con un micrófono, sino la disposición de fondo de donde salen todos tus ritmos: un tempo, una manera de ir en el tiempo, tan personal como el timbre de tu voz. Lo llevas contigo de una frase a otra y de un idioma a otro.

Cuando la música es la palabra

Hay lenguas en las que la música no acompaña a la palabra: es parte de la palabra. Se llaman **lenguas tonales**. En chino mandarín, la sílaba *ma* dicha en un tono alto y parejo quiere decir «mamá»; con un tono que sube, «cáñamo»; con un tono que baja y sube, «caballo»; con un tono que baja de golpe, «regañar». Cuatro palabras distintas con los mismos sonidos. Lo que en español haría una consonante o una vocal, en mandarín lo hace la altura de la voz.

Y aquí hay un descubrimiento hermoso de la lingüística histórica. Muchos tonos nacieron cuando una lengua perdió una consonante. La consonante se fue, pero la diferencia que marcaba no se perdió: se mu-

dó a la melodía de la vocal vecina. Se llama **tonogénesis**, el nacimiento del tono. Es como si el hueso, al gastarse, se hubiera vuelto música.

Para ir más lejos En el México prehispánico y en el actual hay muchas lenguas tonales: el mixteco, el zapoteco, el mazateco, el otomí y otras. En algunas comunidades mazatecas de Oaxaca se practica incluso un «lenguaje silbado»: se conversa silbando la melodía de las palabras, sin consonantes ni vocales, y se entiende. Si alguna vez te preguntaste si la música de una lengua puede cargar el sentido por sí sola, ahí tienes una respuesta.

Lo que la voz dice sin palabras

Hay todavía un nivel más fino: los pequeños temblores de la voz, las pausas que no son iguales, la garganta que se aprieta un poco, la prisa casi imperceptible. La psicofonología lo llama **micromusicalidad**. Está por debajo de lo que notamos conscientemente, y sin embargo lo leemos al instante.

Piensa en una voz que tiembla. Si la persona tiene frío, el temblor es parejo, mecánico, rítmico: el cuerpo tiritando. Si la persona está conteniendo el llanto, el temblor es distinto: irregular, con pausas desiguales, con una tensión que se junta en la garganta. Los dos se oyen. Los dos son temblores. Y significan cosas opuestas. La diferencia no está en ninguna palabra ni en ningún sonido: está en la micromusicalidad.

Pruébalo Di *perdón* de tres maneras: seco y cortante, como quien no lo siente; lento y sentido, como quien sí lo siente; brillante y exagerado, como quien lo dice con ironía. Grábate con el celular y escúchate. Las consonantes y las vocales son las mismas en las tres. ¿Dónde está la diferencia?

Qué hacer con todo esto cuando aprendes un idioma

Esta parte puede parecer teórica, pero tiene consecuencias muy prácticas.

1. **Elige un acento de referencia** y quédate con él al principio. No mezcles el inglés de Londres con el de Texas en la misma semana. Tu oído necesita un modelo estable.
2. **Escucha antes de hablar.** El ritmo y la melodía de una lengua se aprenden por el oído, no por la vista. Pon audio del idioma aunque no lo entiendas todo: tu cuerpo va aprendiendo el endorritmo del otro idioma.
3. **Haz sombra.** Pon una frase grabada y repítela encima, casi al mismo tiempo, imitando la melodía, no sólo los sonidos. En inglés se llama *shadowing*.
4. **Exagera la música.** Al principio, exagera las subidas y bajadas del idioma nuevo, como si estuvieras actuando. Tu ritmo del español va a tirar hacia lo parejo; exagerar compensa.
5. **Escucha en paralelo.** Usa las frases puente del capítulo 8: oye la frase en el idioma nuevo y luego la puente en español, una detrás de otra. No sólo entrenas las palabras: entrenas el cambio de ritmo.

Ojo La psicofonología **no es una terapia**. Estudia cómo el pensamiento y la emoción se vuelven sonido, pero no cura nada ni promete curar nada. Si alguien te ofrece «reprogramar tu mente» con sonidos, eso no sale de este manual.

En el próximo capítulo vamos a la pregunta más honda de esta parte: cómo es que un pensamiento, que no suena, se vuelve voz.

Del pensamiento al sonido

El umbral

Piensa en algo que quieras decir y todavía no hayas dicho. Ahí está, en tu cabeza. No suena. No tiene letras. Tal vez ni siquiera tiene palabras todavía: es una intención, una imagen, una prisa. Y dentro de un segundo, si decides decirlo, va a salir de tu boca como aire que vibra, con consonantes, vocales, ritmo y un tono que delata cómo te sientes.

¿Qué pasó en ese segundo? Algo que no suena se volvió sonido. Algo de dentro se volvió algo de fuera, que otra persona puede oír.

A ese paso la psicofonología lo llama **umbral**. Un umbral es el lugar por donde se pasa de un espacio a otro, como el marco de una puerta. No pertenece del todo a ninguno de los dos cuartos. El **umbral fónico** es el paso entre el pensamiento y el sonido, y es la pregunta más honda de toda esta parte del manual: *¿cómo consiente el pensamiento en volverse voz?*

No te voy a dar una respuesta cerrada, porque no la hay. Pero sí te puedo mostrar cómo se ve el paso desde varios lados.

Cuatro niveles

La endolingüística distingue cuatro niveles en los que funciona el lenguaje por dentro. No son cuatro lenguajes distintos: son cuatro profundidades del mismo.

1. **Hablar.** El nivel del cuerpo que produce sonidos: la boca, el aire, los músculos, los patrones de movimiento que aprendiste de bebé. Cuando dices *hola*, en este nivel lo que pasa es una secuencia de movimientos.
2. **Decir.** El nivel del sentido compartido: lo que una palabra quiere decir para una comunidad, con su historia y su cultura. Cuando dices *hola*, en este nivel estás saludando, con todo lo que un saludo significa donde vives.
3. **Pensar.** El nivel del razonamiento: las relaciones lógicas, las estructuras que te permiten combinar ideas, comparar, deducir.
4. **Intuir.** El nivel más hondo, donde algo se comprende antes de poder explicarse: la resonancia, la intuición de lo que el otro quiere decir más allá de lo que dice. Es también, según la endolingüística, el nivel donde el lenguaje toca lo ético: la responsabilidad por lo que se dice.

Los códigos que aprendiste en la Parte I viven sobre todo entre el primero y el segundo nivel: en el cuerpo que produce los sonidos y en el sentido que una comunidad les da. Pero la endolingüística sostiene que su influencia llega más abajo, hasta el cuarto. Eso, igual que casi todo lo de esta parte, es una propuesta que se estudia, no un hecho demostrado.

Cómo una lengua llega a ser tuya

Hay una manera de ver el umbral en acción, y es mirar cómo un bebé llega a hablar.

Solemos pensar que un niño empieza a hablar alrededor del primer año, con sus primeras palabras. Pero el lenguaje empieza mucho antes, y empieza por la música.

Esto no es poesía: está medido. Las investigaciones con recién nacidos muestran que, a los pocos días de nacer, los bebés prefieren la voz de su madre a la de una desconocida, y prefieren un texto que oyeron repetidamente antes de nacer a uno que no oyeron. También distinguen su lengua de otras, sobre todo por el ritmo. Y hay estudios que encontraron que la melodía del llanto de un recién nacido ya tiene algo del patrón de la lengua que oyó dentro del vientre.

¿Qué quiere decir esto? Que antes de entender una sola palabra, el bebé ya recibió el **ritmo** de su lengua. Oyó, a través del cuerpo de su madre, la melodía, las pausas, las subidas y bajadas. Lo primero que se aprende de una lengua no es su significado: es su forma de ir en el tiempo. El endorritmo se forma primero; los códigos cristalizan después, dentro de él.

La psicofonología describe este proceso con tres palabras:

- **Exolenguaje:** la lengua como viene de fuera. Al principio, para el bebé, la lengua es algo que suena alrededor: la voz de otros.
- **Apropiación:** el trabajo, largo y lento, de hacer propia esa lengua ajena. El bebé la toma, la imita, la juega, la deforma, y al hacerla suya la transforma.
- **Endolenguaje:** la organización profunda que resulta, que ya es

suya y de nadie más, aunque se parezca mucho a la de quienes la rodean.

Hay algo que vale la pena notar. La lengua más tuya, la que hablas sin pensar, empezó siendo la lengua de otros. Nadie inventa su primera lengua. La recibe, y en el recibirla, la vuelve propia.

Jugar con las palabras

Hay niños que agarran una palabra y juegan con ella: la dicen al revés, la riman con otras, la ponen donde no va, le inventan un segundo sentido, la vuelven chiste o nombre secreto. Y hay otros para quienes cada palabra se queda clavada a su único uso, sin poder moverse.

La psicofonología propone que esa diferencia —la de poder jugar con las palabras o no— dice algo de cómo se formó el lenguaje por dentro. Cuando los primeros años son de cuidado suficiente, los códigos quedan **móviles**: se pueden invertir, recombinar, mover. Cuando no, pueden quedar **rígidos**. Es una hipótesis, y está planteada para ponerse a prueba con estudios que sigan a niños durante años; no es un resultado. Y no es un diagnóstico de nadie: el endolenguaje se sigue rehaciendo toda la vida, y a jugar con las palabras se aprende a cualquier edad.

Pero hay algo que sí puedes observar tú. Los trabalenguas, las rimas, el rap improvisado, los juegos de palabras, los apodos que se inventan entre amigos, esos idiomas secretos que algunos niños inventan metiendo sílabas entre sílabas: todo eso es juego con los códigos. Es la misma capacidad que usan los poetas. Y es la misma que vas a usar para aprender un idioma nuevo.

Pruébalo Hay un juego infantil muy extendido en el mundo hispanohablante: después de cada sílaba se repite su vocal con una *f* delante. *Casa* se vuelve *ca-fa-sa-fa*. *Hola* se vuelve *o-fo-la-fa*. Dilo rápido: *¿cofomofo tefe llafamafas?* ¿Entendiste? Fíjate en lo que hace el juego: mete una consonante nueva en todas partes y, sin embargo, se sigue entendiendo, porque el oído aprende a quitarla. Es un juego con el esqueleto.

Tu segundo idioma: una segunda apropiación

Todo esto tiene una consecuencia directa para ti.

Aprender un idioma nuevo es hacer, otra vez, lo que hiciste de bebé: tomar una lengua que te llega de fuera y volverla tuya. Al principio el inglés, o el portugués, es exolenguaje: algo que suena, que es de otros. Con el tiempo, con juego y con práctica, una parte de él se vuelve tuya.

Nunca va a ser exactamente igual que tu primera lengua. Tu endorritmo del español va a seguir sonando por debajo: eso es el acento, y no es un defecto, es una firma. Pero el endolenguaje no se forma una sola vez y se cierra. Se sigue rehaciendo toda la vida, con cada relación, con cada lengua, con cada grupo de amigos que te presta su manera de hablar.

Por eso las recomendaciones del capítulo anterior —escuchar mucho, imitar la melodía, hacer sombra— no son trucos. Son la forma en que tu cuerpo aprende el ritmo de otra lengua, como aprendió el de la primera: por el oído, antes que por el significado.

Lo que este capítulo no dice

Tres precauciones, para que nada de esto se lea de más.

La lengua no tiene inconsciente propio. Una lengua no es una per-

sona: no siente, no sufre, no recuerda. Quienes sienten y recuerdan son las personas que la hablan. Cuando decimos que una lengua «guarda» algo, queremos decir que lo guardan los cuerpos que la hablan y la transmiten de generación en generación.

No todo detalle del sonido significa algo. Mucho de lo que hay en una voz es cansancio, ruido, mecánica del cuerpo. La tarea de la psicofonología es precisamente separar lo que significa de lo que no. Una ciencia que encontrara sentido en todas partes no se distinguiría de una que no lo encontrara en ninguna.

No todo lo de dentro se puede leer. Hay cosas de la mente que ningún análisis de la voz va a recuperar. Saber dónde termina lo que se puede conocer también es parte de conocer.

Para ir más lejos Una de las ideas más antiguas de esta tradición es la de Joseph Meulemans, el neurólogo que te mencioné al principio: que el hemisferio derecho del cerebro tiene funciones de lenguaje que no son las clásicas —el ritmo, la melodía de la voz, el sentido de lo que no se dice— y que ahí podrían procesarse también los códigos. A esa región hipotética se le llama **zona de Meulemans**. Que el hemisferio derecho participa en la melodía y la intención del habla es algo que la neurología estudia hoy. Que ahí se procesen los códigos sigue siendo una hipótesis.

En la última parte del manual vamos a mirar de frente el riesgo más grande de todo lo que has aprendido: ver lo que no está.

PARTE IV

Pensar con cuidado

El espejismo

Caras en las nubes

Seguramente te ha pasado. Miras una nube y ves un perro. Miras un enchufe y ves una carita asustada. Ves el frente de un coche y parece que te sonríe. Te aparece tres veces el mismo número en un día y sientes que el universo te está diciendo algo.

Esta tendencia a ver conexiones y figuras donde no las hay tiene nombre: **apofenia**. No es una enfermedad, ni un defecto de otros. Es el precio de tener una mente que busca patrones, es decir, de tener una mente. Nuestros antepasados que veían un tigre en cada sombra sobrevivían más que los que no veían ninguno; heredamos de ellos una mente que prefiere ver de más a ver de menos.

Y aquí tengo que ser muy honesto contigo: **la apofenia no es lo contrario de lo que este manual enseña. Es su motor sin frenos.** La misma capacidad que te permite ver que *padre* y *father* son parientes te puede llevar a ver parientes donde no hay nada. Este capítulo es sobre los frenos.

La mejor lección que conozco

Te lo prometí desde el principio. Aquí está.

	español	inglés
palabra	mucho	much
significa	mucho	mucho
esqueleto	m · ch	m · ch
código	M · Σ	M · Σ

Mismo sentido. Mismo esqueleto. Mismo código. Si alguna vez en todo este manual hubo dos palabras que parecían gritar «¡somos parientes!», son estas.

Y no lo son.

Mucho viene del latín *multus*. *Much* viene del inglés antiguo *micel*, que quería decir «grande», y que viene de una raíz protoindoeuropea completamente distinta. Las dos palabras llegaron por caminos que no se tocan, y aun así terminaron sonando casi igual y significando lo mismo.

Pero la historia tiene una vuelta más, y es la mejor parte. Si *much* no es pariente de *mucho*, ¿de quién es pariente? De una palabra que usas todo el tiempo sin pensarlo: el griego *mégas*, «grande», el de **mega-**. *Megáfono*, *megabyte*, *megaconcierto*: ahí está el primo de *much*. También es pariente del latín *magnus*, el de *magno* y *magnitud*. Y *mucho*, ¿tiene primos en inglés? Sí: el latín *multus* está en **multi-**. *Multitude*, *multiple*, *multimedia*.

palabra	su pariente verdadero en la otra lengua
mucho (latín <i>multus</i>)	inglés <i>multi-</i> : <i>multitude</i> , <i>multiple</i>
much (inglés antiguo <i>micel</i>)	español <i>mega-</i> y <i>magno</i> : <i>megáfono</i> , <i>magnitud</i>

¿Ves lo que pasó? El ojo vio *mucho* = *much* y creyó ver un parentesco. En eso se equivocó, y ese es el espejismo: la historia dice que los parientes verdaderos estaban escondidos en lugares donde nadie los buscaría, en un prefijo de tecnología y en uno de matemáticas.

Hay más casos así:

el parecido	lo que dice la historia
<i>día</i> y <i>day</i>	no son parientes. <i>Día</i> viene de una raíz que significaba «cielo», la misma de <i>dios</i> . <i>Day</i> viene de otra, que significaba «arder».
<i>haber</i> y <i>have</i>	no son parientes. <i>Have</i> viene de la misma raíz que el latín <i>capere</i> , «tomar»: su primo español es <i>capturar</i> .

Ojo Fíjate que *mucho* y *much* tienen **el mismo código**. Esto es importantísimo: **compartir código no prueba parentesco**. El código es una herramienta para ver; no es una prueba. Lo que prueba un parentesco es la historia documentada, eslabón por eslabón.

Espejismo, sí. Pero el parecido sigue ahí

Hasta aquí la historia contestó una pregunta: ¿*son parientes*? No, no lo son. Pero hay una segunda pregunta que la historia no contesta: *entonces, ¿por qué se parecen tanto*? Es muy fácil confundir las dos, y se puede fallar en las dos direcciones.

1. **Crear que son parientes.** Ese es el espejismo, y lo es. Lo comprobamos con la lingüística histórica, y no hay vuelta que darle.
2. **Crear que, como no son parientes, no hay nada.** Este error es igual de grande, y es el que casi nadie ve. *Mucho* y *much* siguen

siendo prácticamente lo mismo: el mismo hueso, el mismo código, el mismo sentido. *Día* y *day* también: un solo sonido de dientes, y las dos nombran el día. Eso no es ninguna ilusión. Es un hecho que cualquiera puede comprobar.

La ilusión no estaba en el parecido. Estaba en la explicación que el ojo le puso: el parentesco. Cuando la historia quita esa explicación, el parecido no desaparece. Se queda ahí, sin explicar.

Y aquí la endolingüística hace algo que la lingüística histórica, por su propio método, no hace: **registra la coincidencia como una relación**. Cuando dos palabras de historias distintas llegan al mismo código y al mismo campo de sentido, la endolingüística lo llama **convergencia**. No es un parentesco, y se anota aparte de los parentescos para no confundirlos nunca. Pero tampoco se tira a la basura. Ya viste otras en este manual: el italiano *caldo* («caliente») y el inglés *cold* («frío»), que vienen de familias sin parentesco, tienen el mismo código X·Λ·Θ y están en los dos extremos del mismo eje, la temperatura (capítulo 4); *tierra* y *rueda*, con el mismo núcleo en orden inverso.

¿Por qué pasan las convergencias? Nadie lo sabe del todo. Puede haber algo de azar: las consonantes son pocas y las palabras muchas, así que algunos encuentros son de esperarse, y eso hay que contarlos antes de afirmar nada. Puede haber algo de cómo el cuerpo hace y siente los sonidos, como viste con las vocales en el capítulo 10. Puede haber algo que la endolingüística todavía no sabe nombrar. Mientras no se sepa, el lugar honesto para *mucho* y *much* es una **casilla abierta**: una relación que se ve, que se puede comprobar, y que todavía no tiene explicación completa. Ni se inventa un parentesco que no existe, ni se despacha el parecido con un «es pura casualidad», que cierra la pregunta sin contestarla.

Ahí está el misterio de la coincidencia, y es uno de los más bonitos de todo el manual.

Reto Busca otro par español-inglés que se parezca mucho en sonido y en sentido. Comprueba su historia en un diccionario etimológico. Si resulta que son parientes, anótalo como parentesco. Si resulta que no lo son, no lo borres: anótalo como convergencia, con su código y su sentido. Al final del curso, junta las convergencias de todo el grupo. ¿Cuántas encontraron? ¿Se parecen entre sí?

El árbitro

Entonces, ¿qué separa el hallazgo del espejismo? No la operación: las dos cosas consisten en ligar lo que estaba suelto. Lo que las separa es el **árbitro**.

En el juego de aprender idiomas, el árbitro es la historia. El parentesco de *padre* y *father* no es una impresión: está documentado eslabón por eslabón. El de *mucho* y *much* no existe, y un diccionario etimológico te lo dice en un minuto. Todo el método cabe en un gesto doble: **ver la conexión, y preguntarle a la historia de qué tipo es**. Ver sin preguntar es delirar con método. Preguntar sin ver es no jugar.

Pero fíjate bien en lo que decide ese árbitro. La historia dice si hay **parentesco**. No dice si hay **relación**. Una convergencia como *mucho* y *much* pasa por el árbitro sin parentesco, y sigue siendo una relación que hay que explicar.

Tres registros

Pero la cosa no es tan simple como «historia sí = verdad, historia no = mentira». Hay un territorio intermedio, y callarlo sería deshonesto.

La endolingüística distingue **tres registros** del sentido, tres maneras en que una conexión entre palabras puede existir:

1. **Sentido hallado.** La conexión ya está hecha; la historia la garantiza. *Padre* y *father*. Es un hecho.
2. **Sentido construido.** La historia no garantiza la conexión, pero tampoco es un delirio: alguien la construye con una interpretación, la **declara** como interpretación y responde por ella.
3. **Sentido proyectado.** Alguien afirma una conexión como si fuera un hecho, donde no hay nada que la sostenga. Eso es la apofenia.

Sólo el tercero es el error.

Con *mucho* y *much* se ven los tres registros a la vez. Que se parezcan en código y en sentido es un hecho: eso está **hallado**. Decir que son parientes sería **proyectado**: la historia lo desmiente. Y cualquier explicación que alguien proponga de por qué se parecen es, por ahora, **construida**: vale si se declara como lo que es.

Un ejemplo del segundo registro, el sentido construido. Hay un grupo de palabras españolas que muchas personas de esta tradición aprecian: *casa*, *caer*, *caso*, *causa*. Se puede leer un hilo entre ellas: la casa como el lugar donde uno por fin cae a descansar; el caso como lo que nos cae enfrente; la causa como aquello por lo que las cosas caen de un lado y no del otro. ¿Es esto un hecho histórico? No, y nadie serio lo presenta así. Es una **lectura**: un sentido que se construye y que vale lo que valga su capacidad de iluminar algo.

La diferencia entre la lectura y el espejismo no está en la operación. Está en la **honestidad del gesto**. El espejismo dice «esto *significa* aquello». La lectura dice «esto *puede leerse* así», y se hace cargo.

Casi toda la poesía vive en el segundo registro. El poeta junta palabras que la lengua dejó cerca y les saca un sentido nuevo. La operación del poeta y la del que ve caras en las nubes es la misma. Lo que los distingue es que el poeta sabe que está construyendo, y lo firma como construcción.

Pruébalo Busca tres palabras españolas que compartan esqueleto y construye una lectura que las una, como la de *casa, caer, caso, causa*. Escríbela en dos o tres frases. Al final, añade una línea honesta: «esto es una lectura, no un parentesco documentado». Después busca la etimología de las tres. ¿Alguna resultó pariente de verdad?

Cuando el espejismo se vuelve historia

Una última vuelta, porque la realidad es más interesante que las reglas.

El inglés tiene una palabra, *crayfish*, que nombra a un crustáceo de río, algo así como un langostino pequeño. Parece una palabra compuesta: *cray* + *fish*, «pez». Pero el animal no es un pez, y la palabra no se hizo así. Viene del francés antiguo *crevice*, que no tiene nada que ver con peces. Los hablantes de inglés oyeron ese final, *-vice*, y les sonó a *fish*. Vieron una conexión que no estaba. Y como todos la vieron, la palabra cambió: hoy se dice *crayfish*.

A esto se le llama **etimología popular**. Desde el punto de vista de la historia, fue un error. Pero ese error, compartido por toda una comunidad, rehízo la palabra. La apofenia de muchos, cuando se vuelve costumbre, se vuelve historia.

Esto nos enseña algo fino. Decir «eso es apofenia» también es un juicio, y todo juicio tiene un alcance. Es apofenia *respecto de la historia de la palabra*. No lo es *respecto de cómo la usan hoy sus hablantes*. Cuando

digas que algo es un espejismo, di también para quién y a qué escala.

Seis preguntas antes de creerte una conexión

Guarda esta lista. Te va a servir con los idiomas, y más allá de ellos.

1. **¿Lo comprobé?** ¿Busqué la etimología en un diccionario, o me estoy fiando del parecido?
2. **¿Es la misma familia de lenguas?** Si estoy comparando lenguas de macrosistemas distintos, la conexión no es herencia: es préstamo o convergencia.
3. **¿Estoy sumando clases?** Si mi explicación dice «esta consonante significa esto y aquella significa aquello», me salí del método.
4. **¿Conté las que no encajan?** Dos ejemplos bonitos no prueban nada. ¿Cuántas palabras con ese código no tienen nada que ver con lo que digo?
5. **¿Lo estoy diciendo como hallazgo o como lectura?** Si es una lectura, lo digo. No pasa nada: las lecturas son valiosas, siempre que se presenten como lo que son.
6. **¿Sobrevive a alguien que no piensa como yo?** Si se lo explico a una persona escéptica, ¿qué me contesta?

Para ir más lejos Estas seis preguntas no son sólo para las palabras. Sirven para todo lo que te llega con forma de patrón: una cadena de coincidencias en redes sociales, una teoría que «explica todo», un horóscopo demasiado preciso. La mente que ve patrones es la misma en todos los casos. Los frenos, también.

Queda la pregunta más grande de todas, la que tal vez te hiciste en algún momento de este manual. Si los códigos no son significados, si no son sólo historia, si no son pura casualidad... ¿qué son? El último capítulo no tiene la respuesta. Pero te dice hacia dónde mirar.

Lo que todavía no sabemos

La pregunta que quedó pendiente

Llegamos al final con una pregunta que el manual ha ido rodeando sin contestar. Ya sabes lo que un código **no** es. No es un significado: orienta, no dice. No es sólo historia: *tierra* y *rueda* no son parientes y aun así se invierten. No es una prueba de parentesco: *mucho* y *much* comparten código y sentido, y no comparten historia. Entonces, ¿qué es?

¿Los códigos están *en* las lenguas, como están las palabras? ¿O los ponemos nosotros?

La respuesta de la endolingüística es más fina que un sí y más interesante que un no. Te la voy a dar con una imagen de astronomía.

Las coordenadas y las estrellas

Los astrónomos dividen el cielo con líneas imaginarias, parecidas a las de latitud y longitud de un globo terráqueo. Con esas líneas pueden decir exactamente dónde está una estrella y seguir su movimiento noche tras noche. Pero esas líneas no existen en el cielo. Ninguna nave las va a cruzar nunca. Son un instrumento, una invención humana.

Y sin embargo, sin ellas no podrías seguir a una sola estrella. Y las

estrellas, esas sí, están ahí.

Con los códigos pasa algo parecido. El código es un instrumento: lo sacamos nosotros, con reglas que decidimos (el esqueleto, las siete clases, el orden). Por eso se escribe con símbolos que no pertenecen a ninguna lengua. Pero algo que no es el código sí está ahí: algo que viajó cinco mil años dentro de *padre*, *father*, *Vater* y *pedar*; algo que se conservó mientras todo lo demás cambiaba. No es una palabra, porque las palabras cambiaron. No es un significado, porque los significados se movieron. No es un sonido, porque hasta los sonidos rotaron. Es una continuidad: una forma que persiste debajo de las formas. El código no la crea. La **detecta**, como el telescopio detecta la estrella sin ser la estrella.

¿Y qué es, en el fondo, eso que persiste? Aquí el manual llega a su límite, y lo dice sin pena: **todavía no lo sabemos**.

Una dirección: la cualidad

Lo que sí tenemos es una dirección. La búsqueda no avanza a ciegas. La orienta una investigación filosófica que he ido desarrollando durante años, y que se llama **metafísica cuálica**. Te la cuento en corto, porque es lo que está en el fondo de todo lo que leíste.

Empieza con una distinción que tú ya conoces aunque no le hayas puesto nombre: la diferencia entre **cantidad** y **cualidad**.

Piensa en el rojo. Un físico te puede decir la longitud de onda de la luz roja: un número. Eso es cantidad. Pero ese número no es lo que ves cuando ves rojo. Lo que ves —el rojo tal como aparece, tal como se siente— es otra cosa, y ningún número lo agota. Eso es cualidad. Lo mismo con el sabor de un mango, con el olor de la tierra mojada,

con lo que sientes cuando alguien dice tu nombre con cariño. Se puede medir mucho alrededor de esas experiencias. La experiencia misma no se mide: se vive.

La metafísica cuálica toma en serio ese orden de las cualidades. Tiene tres palabras que te conviene conocer:

1. **Habencia.** Es una palabra del filósofo mexicano Agustín Basave Fernández del Valle. Quiere decir, más o menos, el «hay» originario: antes de que podamos decir *qué* es algo, antes de medirlo o nombrarlo, *hay*. La habencia es ese fondo de todo lo que aparece.
2. **Cualo.** Es la unidad mínima de ese aparecer vivido: un instante de cualidad, anterior a los conceptos y a las palabras. Un cualo no es una cosa que se pueda agarrar ni medir. Lo que sí podemos agarrar son sus **huellas**: lo que deja al pasar. Un sonido, por ejemplo, es una huella.
3. **Logos.** Es la palabra, el concepto, la razón. Y la metafísica cuálica dice algo curioso de él: que **llega tarde**. Primero hay experiencia; después viene la palabra que intenta decirla. El logos trabaja sobre las huellas, no sobre la experiencia misma. Por eso siempre hay algo que las palabras no alcanzan.

¿Y qué tiene que ver esto con los códigos? Mucho. En la endolingüística hay dos terrenos que no se pueden separar. Uno es el de lo que se puede contar y combinar: las consonantes, las clases, los códigos, las inversiones. El otro es el de la cualidad: las vocales que colorean, el ritmo, el endorritmo, la sensación de cada clase. Al primero lo llamamos **ámbito cuántico** (de *cuánto*: lo que se cuenta). Al segundo, **ámbito cuálico** (de *cuál*: la cualidad). Los códigos son lo más contable del lenguaje.

Pero la sospecha de la metafísica cuántica es que lo que viaja dentro de ellos pertenece al otro orden: al de las cualidades que se sienten, no al de las cantidades que se suman.

Fíjate en la simetría, porque es bonita. La filosofía hace con nuestra pregunta exactamente lo que el código hace con las palabras: no dicta la respuesta, señala hacia dónde mirar.

Lo que un grupo comparte sin saberlo

Hay una última idea de la endolingüística que tienes que conocer, porque es de las más importantes y de las más fáciles de malinterpretar.

Si todos los que hablan una lengua comparten sus códigos, su ritmo, su manera de agrupar sonidos, y casi nadie sabe que los tiene, entonces un grupo de hablantes comparte algo que no sabe que comparte. La endolingüística llama a eso **inconsciente compartido**.

Conviene decir enseguida lo que esto **no** es. No es el «inconsciente colectivo» del psicólogo Carl Jung, que sería universal, el mismo para toda la humanidad. El inconsciente compartido es **relativo a un macrosistema**. Los que hablan lenguas indoeuropeas comparten unas estructuras; los que hablan lenguas semíticas, otras. Y se encajan como cajas unas dentro de otras: el español está dentro de las lenguas romances, que están dentro del indoeuropeo. Cada caja comparte algo con las de fuera y tiene algo propio.

Y hay una advertencia que no puedo dejar de ponerte:

Ojo El inconsciente compartido **no sirve para decir cómo «es» un pueblo**. Nada en este manual te autoriza a decir que los que hablan tal lengua son más fríos, más violentos, más alegres o más inteligentes por los códigos de su idioma. Los códigos son estructuras muy profundas y muy lentas; lo que hace un grupo humano en un momento de su historia depende de mil cosas más cercanas: la economía, la política, las guerras, las decisiones de las personas. Explicar esas cosas con códigos no es endolingüística. Es un error, y a veces un error peligroso.

Lo que queda abierto

Una ciencia que ya lo sabe todo no es una ciencia: es un catecismo. Por eso quiero terminar con las preguntas que siguen abiertas. No son deudas del manual; son el trabajo que queda por hacer, y alguien tiene que hacerlo. Tal vez tú.

1. **¿Qué son los códigos?** ¿Se descubren, como se descubre una estrella? ¿Se construyen, como se construye un mapa? ¿O las dos cosas a la vez, sin que podamos decir dónde termina lo encontrado y empieza lo hecho?
2. **¿Cuánto ayuda el código a aprender, y cuánto la práctica que lo acompaña?** Sabemos que la memoria ama las conexiones. No sabemos todavía medir cuánto aporta el código en sí, separado de todo lo demás.
3. **¿Por qué convergen palabras que no son parientes?** *Mucho y much, día y day*: el mismo código y el mismo sentido por caminos distintos. Una parte puede ser azar, y hay que contarla. Lo que quede después de contar es una de las preguntas más interesantes de la disciplina.

4. **¿Cómo se comparan macrosistemas distintos?** Sabemos que no se deben mezclar. No sabemos todavía bien qué es lo que sí se puede comparar entre ellos.
5. **¿Qué pasa en el cerebro?** La zona de Meulemans es una hipótesis. Hace falta mucha investigación para saber si tiene algo de cierto.
6. **¿Qué dice la voz que las palabras no dicen?** La psicofonología apenas empieza a tener instrumentos para estudiar la micromusicalidad, el endorritmo, el temblor.

No son preguntas pequeñas. Tampoco son preguntas imposibles. Así han empezado casi todas las cosas que después supimos: con alguien que aprendió a mirar algo que todavía no tenía nombre.

Las palabras tienen hueso

Al lector

Si llegaste hasta aquí, ya sabes hacer cosas que al principio del manual no sabías.

Sabes quitarle a una palabra la carne y quedarte con el hueso, y sabes que el hueso se saca del sonido y no de la letra. Sabes que tu boca tiene siete regiones, y que una *p* y una *f* pueden ser la misma persona con distinto disfraz. Sabes leer un código, y sabes que un código no significa: orienta. Sabes distinguir un pariente de un préstamo y de un desconocido que se parece. Sabes por qué *hijo* se escribe con *h*, por qué el portugués dice *chave* donde tú dices *llave*, y qué tienen que ver Jacob Grimm y los cuentos de hadas con tu clase de inglés. Sabes que la voz dice cosas que las palabras no dicen. Y sabes que *mucho* y *much* no son parientes, aunque todo en ellas grite que sí; y que eso no borra su parecido, que sigue ahí como un misterio abierto.

También sabes lo que este manual no te pide. No te pide que creas que las palabras tienen significados secretos. No te pide que sumes consonantes para adivinar sentidos. No te pide que expliques a un pueblo por los sonidos de su lengua. Esas lecturas no quedaron fuera por prejuicio: quedaron fuera porque no funcionan, y porque a veces hacen daño.

Y sabes que hay preguntas abiertas. Qué son los códigos. Cuánto ayudan de verdad. Qué pasa en el cerebro cuando un pensamiento se vuelve voz. Nadie tiene todavía esas respuestas.

Te dejo una imagen. Al principio del manual había una lista de inglés que se olvidaba al día siguiente: *father, foot, fish*. Tres palabras sueltas, como cartas repartidas. Ahora mira la misma lista otra vez. Ya no son tres datos. Son tres asomos de una sola regla, y detrás de la regla hay una familia de cinco mil años que se extiende de la India a Irlanda. Una de sus ramas pasó por los bosques de Germania y llegó a Inglaterra; otra pasó por Roma y llegó, esta noche, a tu boca. La lista no cambió. Cambiaste tú.

Una última sugerencia, que no requiere comprar nada ni inscribirse en ningún lado. Esta noche elige una palabra cualquiera de las tuyas. Quítale las vocales. Mira el hueso. Y pregúntate de dónde viene: cuánto habrá viajado para llegar, precisamente hoy, precisamente a ti.

Las palabras tienen hueso. Ahora ya sabes dónde buscarlo.

Y si quieres seguir, te espero en www.endolinguistics.science y en www.independentbooks.site.

A. T. M.

Anexo A. Tabla rápida

Las siete clases

símbolo	se lee	región	consonantes
Φ	fi	los labios	p, b, f, v
Θ	theta	los dientes	t, d, la <i>th</i> inglesa
X	ji	el fondo	k, g, j, la <i>h</i> inglesa y alemana
Σ	sigma	el silbido	s, z (del inglés <i>zoo</i>), sh, ch
Λ	lambda	las fluidas	l, r, rr
M	san	el zumbido cerrado	m
Ξ	xi (<i>ksi</i>)	el zumbido abierto	n, ñ

Caso frontera: la *ll* y la *y* de México (*llave*, *yate*). Se anotan entre paréntesis y no se clasifican a la fuerza.

Cómo sacar un código, en tres pasos

1. **Raíz.** Quita terminaciones y prefijos: *-ar*, *-er*, *-ir*, *-s*, *-es*, *-ción*, *-mente*, *-dad*, *re-*, *des-*, *in-*...
2. **Esqueleto.** Anota las consonantes de la raíz tal como **suenan**, en su orden.
3. **Clases.** Cambia cada consonante por su símbolo.

Las reglas del sonido (español de México)

- La *h* no suena: no cuenta.
- *c* (ante *a, o, u*), *qu, k* → sonido *k* → *X*.
- *c* (ante *e, i*) y *z* → sonido *s* → *Σ*.
- *g* (ante *e, i*), *j*, la *x* de *México* → sonido *j* → *X*.
- *x* de *examen* → *ks* → *X · Σ*.
- *rr* y *r* → una sola *Λ*. *ch* → *Σ*.
- La *i* y la *u* de los diptongos (*tierra, rueda*) son vocales: no cuentan.
- Consonantes dobles de otras lenguas (*notte, latte*) → cuentan una vez.
- En otras lenguas, manda la pronunciación: la *k* de *know* no cuenta; la *r* final de *mother* cuenta según el acento.

Notación

se escribe	quiere decir
$p \cdot d \cdot r$	un esqueleto : consonantes reales
$\Phi \cdot \Theta \cdot \Lambda$	un código : clases, en su orden
$\{\Phi, \Theta, \Lambda\}$	un núcleo : las mismas clases, sin orden
*tréyes	una palabra reconstruida , que no está escrita en ningún documento

Las seis preguntas antes de creerte una conexión

1. ¿Lo comprobé en un diccionario etimológico?
2. ¿Es la misma familia de lenguas?
3. ¿Estoy sumando clases?
4. ¿Conté las palabras que no encajan?
5. ¿Lo digo como hallazgo o como lectura?
6. ¿Sobrevive a alguien que no piensa como yo?

Anexo B. Soluciones

Antes de leer una solución, intenta el ejercicio. Si ya lo intentaste y te equivocaste, mejor: el error seguido de la corrección es una de las formas en que más se aprende.

Las etimologías de estas soluciones se comprobaron contra el corpus de investigación del programa, que reúne diccionarios etimológicos y bases de datos de expertos.

Capítulo 2

Ejercicio 2.1.

palabra	esqueleto	comentario
hacha	ch	la <i>h</i> no suena
quince	k · n · s	<i>qu</i> suena <i>k</i> ; la <i>c</i> ante <i>e</i> suena <i>s</i>
jirafa	j · r · f	
examen	k · s · m · n	la <i>x</i> suena <i>ks</i>
guerra	g · r	la <i>u</i> de <i>gue</i> no suena; <i>rr</i> es una sola
chile	ch · l	la <i>ch</i> es un solo sonido
hombre	m · b · r	la <i>h</i> no suena
ciudad	s · d · d	la <i>i</i> es parte del diptongo <i>iu</i>

Capítulo 3

Ejercicio 3.1.

palabra	esqueleto	código
madre	m · d · r	M · Θ · Λ
mesa	m · s	M · Σ
tren	t · r · n	Θ · Λ · Ξ
luna	l · n	Λ · Ξ
gato	g · t	X · Θ
nube	n · b	Ξ · Φ

Ejercicio 3.2.

palabra	cómo suena	esqueleto	clases
think	la <i>th</i> con la lengua entre los dientes, y luego <i>ink</i>	th · n · k	Θ · Ξ · X
house	<i>jáus</i> , con <i>h</i> suave	h · s	X · Σ
church	<i>chérch</i>	ch · r · ch	Σ · Λ · Σ (sin la <i>r</i> en inglés británico: Σ · Σ)
shoe	<i>shu</i>	sh	Σ
zero	<i>zírou</i> , con <i>z</i> que zumba	z · r	Σ · Λ
knee	<i>ni</i>	n	Ξ (la <i>k</i> no suena)

Capítulo 4

Ejercicio 4.1. Las parejas con el mismo núcleo en orden inverso son:

una	otra	códigos
sal	las	$\Sigma \cdot \Lambda$ y $\Lambda \cdot \Sigma$
loma	malo	$\Lambda \cdot M$ y $M \cdot \Lambda$
nota	tono	$\Xi \cdot \Theta$ y $\Theta \cdot \Xi$
rama	mar	$\Lambda \cdot M$ y $M \cdot \Lambda$

Fíjate además en que *loma* y *rama* tienen el mismo código, igual que *malo* y *mar*. Ninguna de estas parejas está emparentada: son inversiones de juego, buenas para entrenar el ojo.

Capítulo 5

Ejercicio 5.1.

par	grupo	por qué
tres / three	(a) coderivados con el mismo sentido	los dos vienen de la misma palabra protoindoeuropea
éxito / exit	(b) coderivados que cambiaron de sentido	los dos vienen del latín <i>exitus</i> , «salida»
tomate / tomato	(c) préstamo	el español lo tomó del náhuatl <i>tomatl</i> , y el inglés lo tomó del español
noche / night	(a) coderivados con el mismo sentido	los dos vienen de la misma palabra protoindoeuropea
ganso / goose	(c) préstamo	el español lo tomó del gótico; en el fondo es pariente de <i>goose</i> , pero no llegó por herencia
actual / actual	(b) coderivados que cambiaron de sentido	los dos vienen del latín; en inglés quiere decir «real»

Capítulo 6

Ejercicio 6.1. *Humo* en italiano es *fumo*. *Higo* en portugués es *figo*. En los dos casos, la *f* latina que el español perdió sigue ahí.

Ejercicio 6.2. Por la ley de Grimm: *pie* → *foot*, *diente* → *tooth*, *cuerno* → *horn*. El coderivado culto de *foot* en español es **pedestre**, del latín *pedester*, que viene de *pes*, «pie». Si buscas otras palabras con *ped-* (como *pedal*), puedes encontrar más primos de *foot*, pero comprueba cada una.

Capítulo 8

Ejercicio 8.1. Para *foot*: *pedestre*. Para *heart*: **cordial**, del latín *cordialis*, que viene de *cor*, «corazón». Una persona cordial es, literalmente, alguien que actúa con el corazón. Y *corazón* mismo viene también de *cor*.

Capítulo 9

Ejercicio 9.1. Las tres palabras vienen del náhuatl clásico:

español	náhuatl	quería decir
chile	chīlli	chile
chapulín	chapolin	chapulín
papalote	pāpalōtl	mariposa

Papalote muestra la regla del capítulo: la terminación *-tl* se volvió *-te*. Las otras dos muestran algo más: en náhuatl, esa terminación de los sustantivos tiene varias formas según el sonido que va antes. Después de *l* es *-li* (*chīl-li*), y en otras palabras es *-in* (*chapol-in*). Las tres son variantes de la misma pieza de gramática, igual que en español el plural es a veces *-s* y a veces *-es*. Y fíjate en la historia de *papalote*: en náhuatl quería decir mariposa, y en español de México pasó a nombrar un objeto que vuela como una.

Anexo C. Glosario

Entre paréntesis, el capítulo donde aparece por primera vez.

Afijo (2). Pieza que se pega a la raíz para cambiar su función: un prefijo va antes (*re-*, *des-*), un sufijo va después (*-ción*, *-mente*).

Apofenia (12). Tendencia a ver conexiones o figuras donde no las hay. Es el motor de la creatividad y de los errores a la vez.

Apropiación (11). El trabajo de hacer propia una lengua que llega de fuera. Pasa con la primera lengua y vuelve a pasar con cada lengua nueva.

Caso frontera (3). Sonido que está en el límite entre dos categorías, como la *ll* y la *y* de México. Se anota sin clasificarlo a la fuerza.

Clase (3). Cada una de las siete regiones de la boca con su sensación propia: Φ , Θ , X , Σ , Λ , M , Ξ . Una clase sola no significa nada. También se llaman clases OAS.

Código (4). Secuencia de dos o tres clases, en su orden, sacada del esqueleto de la raíz de una palabra. Un código orienta un campo de sentido; no lo define.

Coderivado (5). Palabra que desciende de una fuente común con otra. A menudo conserva su código, pero no siempre: el camino puede gastarlo (*hijo*, del latín *filius*, perdió la *f*). La lingüística los llama cognados.

Convergencia (12). Relación entre dos palabras de historias distin-

tas que llegan al mismo código y al mismo campo de sentido, como *mucho* y *much*. No es parentesco, pero sí es un dato; su explicación sigue abierta.

Correspondencia (6). Regla por la que un sonido de una lengua aparece como otro sonido en una lengua emparentada: donde el latín tiene *p*, el inglés tiene *f*.

Cualidad (13). Lo que una experiencia es tal como se vive, y que ningún número agota: el rojo tal como lo ves, el sabor de un mango.

Cualo (13). En la metafísica cuálica, la unidad mínima del aparecer vivido, anterior a las palabras. No se puede medir; sólo se conocen sus huellas.

Endolenguaje (1). La organización profunda de una lengua, por debajo de lo que dice: códigos, ritmos, patrones que no se ven.

Endolingüística (1). Disciplina que estudia lo que las lenguas llevan por dentro. La fundaron Christiane S. Meulemans y José Ángel Elías Fernández y Cuevas.

Endorritmo (10). El ritmo interior de una persona: la manera de ir en el tiempo de donde salen todos sus ritmos al hablar. Se forma antes que las palabras y se nota en el acento.

Esqueleto (2). Las consonantes de una palabra, en su orden, tal como suenan.

Etimología popular (12). Cambio de una palabra porque sus hablantes creyeron ver en ella una conexión que no tenía, como el inglés *crayfish*.

Exolenguaje (1). La lengua tal como aparece: las palabras que se oyen, la gramática, la ortografía.

Falso amigo (5). Palabra de otra lengua que se parece a una tuya

pero no significa lo mismo. Puede ser pariente que cambió de sentido o desconocido que se parece.

Frase puente (8). Frase de tu lengua doblada para alinearse con otra, usando palabras reales de tu lengua.

Habencia (13). Palabra del filósofo mexicano Agustín Basave Fernández del Valle para el «hay» originario, anterior a cualquier medida o nombre.

Inconsciente compartido (13). Lo que los hablantes de un macrosistema comparten sin saberlo. No es universal: es relativo a cada familia de lenguas.

Inversión (4). Cambio de orden de un código que conserva su núcleo: $\Theta \cdot \Lambda$ y $\Lambda \cdot \Theta$.

Lengua tonal (10). Lengua en la que la altura de la voz es parte de la palabra, como el chino mandarín o el zapoteco.

Ley de Grimm (6). Conjunto de cambios en cadena de las consonantes de las lenguas germánicas, descrito por Jacob Grimm en 1822.

Logos (13). La palabra, el concepto, la razón. En la metafísica cuántica, llega después de la experiencia.

Macrosistema (9). Una gran familia de lenguas vista como sistema: el indoeuropeo, el semítico, el yutoazteca. Los macrosistemas no se mezclan en una misma comparación.

Micromusicalidad (10). Los detalles más finos de la voz: temblores, pausas, tensiones. Llevan buena parte de lo que una persona siente.

Núcleo (4). El conjunto de clases de un código, sin importar el orden: $\{\Theta, \Lambda\}$.

OAS (3). Siglas en inglés de *Originating Affective Sounds*, sonidos

afectivos originarios: el nombre de las siete clases.

Préstamo (5). Palabra que una lengua toma de otra ya hecha, como *tomate* del náhuatl.

Protoindoeuropeo (1). La lengua reconstruida de la que descenden las lenguas indoeuropeas. No dejó ningún documento escrito.

Psicofonología (10). Estudio del sonido del lenguaje en tres planos a la vez: estructura, música y mente.

Punto de acceso (8). Palabra tuya, menos usada, que es coderivada de una palabra del idioma que aprendes: *cabello* para el portugués *cabelo*.

Raíz (2). La pieza de una palabra que lleva el sentido. El código se saca de la raíz.

Registros del sentido (12). Tres maneras en que una conexión entre palabras puede existir: hallada (la historia la garantiza), construida (una interpretación declarada) o proyectada (una afirmación sin sostén: apofenia).

Retirar el andamio (8). Probar si recuerdas algo sin la ayuda con que lo aprendiste, para saber si hubo aprendizaje real o sólo sugestión.

Tonogénesis (10). Nacimiento de un tono cuando una lengua pierde una consonante y la diferencia que marcaba pasa a la melodía de la vocal.

Umbral (11). Lugar de paso entre dos estados. El umbral fónico es el paso entre el pensamiento y el sonido.

Zona de Meulemans (11). Región del hemisferio derecho del cerebro donde, según una hipótesis de esta tradición, se procesarían los códigos, el ritmo y la melodía del habla.

Anexo D. Para seguir

Herramientas para comprobar

Lo más importante que te llevas de este manual es el hábito de comprobar. Estas herramientas son gratuitas y te sirven para eso.

- **Diccionario de la lengua española**, de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española. En línea, en dle.rae.es. Al principio de cada entrada dice de dónde viene la palabra.
- **Online Etymology Dictionary**, en etymonline.com. En inglés. Explica de dónde viene cada palabra inglesa, casi siempre con sus parientes en otras lenguas.
- **Wikcionario** (es.wiktionary.org) y **Wiktionary** (en.wiktionary.org). Diccionarios colaborativos con etimologías, pronunciaciones y audio en muchísimas lenguas. Por ser colaborativos, conviene contrastarlos con otra fuente.
- **IE-CoR** (iecor.clld.org). La base de datos de expertos de la que salen los porcentajes del capítulo 7. Es técnica, pero puedes buscar un concepto y ver cómo se dice en más de ciento cincuenta lenguas indoeuropeas, y cuáles son coderivados entre sí.

Si quieres leer más

- Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Un clásico. Para cuando quieras saber de dónde viene una palabra con más detalle que el que da un diccionario general.
- Alejandro Toledo Martínez, *Teoría de la Endolingüística: Fundamentos y Aplicaciones*. Editorial ELADEM, 2025. La exposición completa de la disciplina, para cuando este manual se te quede corto.
- Alejandro Toledo Martínez, *El lenguaje antes de las palabras*. Sobre el inconsciente compartido y lo que el lenguaje organiza antes de que lo pensemos.
- Alejandro Toledo Martínez, *Psychophonology: The Musical Architecture of Embodied Thought*. En inglés. La psicofonología completa: las vocales, el ritmo, el endorritmo, el umbral.
- Alejandro Toledo Martínez, *Metafísica cuállica*. Para la parte filosófica del capítulo 13.

Para conocer más

Si este manual te dejó con ganas, hay dos lugares a donde puedes ir:

- www.endolinguistics.science — el sitio de la endolingüística: la disciplina, sus textos y sus investigaciones.
- www.independentbooks.site — donde se consiguen los libros de la serie: *Teoría de la Endolingüística*, *El lenguaje antes de las palabras*, *Psychophonology*, *Metafísica cuállica* y otros.

Una sugerencia para el grupo

Si estás leyendo esto en una clase, con un grupo, hay un ejercicio que funciona muy bien. Cada persona elige una palabra de su casa: una que use su abuela, una de su pueblo, una que sólo se dice en su familia. Le saca el esqueleto y el código. Después, entre todos, buscan su historia en un diccionario etimológico. Algunas van a venir del latín, otras del árabe, otras del náhuatl o de otra lengua indígena, otras de quién sabe dónde. Al final, pongan en el pizarrón el mapa de dónde vienen las palabras del grupo. Es un mapa de ustedes.